

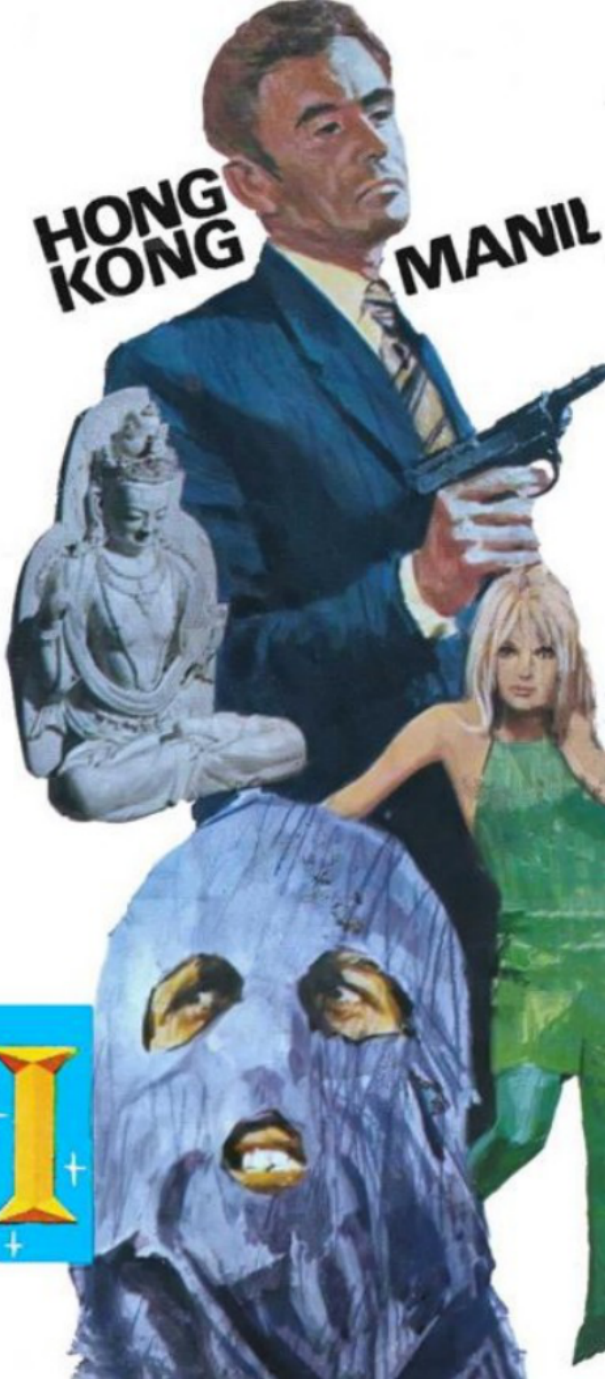
R

FALSO AGENTE

DONALD CURTIS

HONG
KONG

MANIL



FBI



DONALD CURTIS

Falso agente

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 11.583 - 1971

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

Falso agente

DONALD CURTIS

“Esto sobre todo: sé fiel a ti mismo. En consecuencia, como la noche sigue al día, no serás desleal con tus semejantes...”.

(Consejos de Polonio a su hijo Laertes. Acto II de “Hamlet”, de William Shakespeare).

PRÓLOGO MERCADERES DE SUEÑOS

S

TEVE Marvin...

—Presente, señor.

El inspector Gary Milner levantó la cabeza y miró curiosamente al hombre que entraba en su oficina, erguido y como en posición militar de firmes, o poco menos.

Cerró lentamente el *dossier* que tenía ante sí, sobre la mesa de trabajo. Siguió estudiando al hombre que acababa de llegar a su presencia.

—¿Agente especial Steve Marvin? —insistió.

—Exacto, señor —sonrió el visitante.

Garry Milner suspiró, echándose atrás en su silla, que osciló sobre su soporte flexible. Entrelazó los dedos, y comentó con tono inexpresivo:

—Creo que sabe usted a lo que viene aquí.

—Pues creo que sí, señor —amplió su sonrisa Steve Marvin.

—Me fue particularmente recomendado por varios compañeros suyos. Y también por inspectores federales de diversas Delegaciones.

—Fueron muy amables conmigo, señor.

—No lo crea. Posiblemente le enviaron, sin ellos saberlo, a algo muy difícil y peligroso. Quizás a la misma muerte.

—Aun así, fueron amables. La muerte forma parte de nuestro trabajo, ¿no lo cree así, señor?

—Es mi deber creerlo —murmuró entre dientes Milner, pensativo. Arrugó su ceño y estudió atentamente al hombre joven, fuerte, enjuto y atlético, todo nervio, músculo, fibra pura bajo una epidermis de bronce y una total ausencia de expresión en su rostro viril y tenso. El inspector

federal añadió lentamente:

—Esta será la primera vez que usted y yo vamos a trabajar juntos, Marvin.

—En efecto, inspector. La primera.

—Espero que no sea también la última. Últimamente se dedicó a Inmigración, ¿no es cierto?

—Inmigración, sí. Antes estuve en Actividades Antiamericanas. Por fortuna, no llegué a conocer el maccarthismo, y la tarea fue relativamente grata. También he actuado en otras Leyes Federales...

—Lo sé. Estudié a fondo su expediente personal, antes de hacerle venir a mi presencia, muchacho. Sé sobradamente la clase de hombre que tengo delante. Un agente eficaz, trabajador, duro, resuelto y sin desfallecimientos. Es la clase de hombre que necesitamos justamente en mi División. Usted sabe que dispongo de muchos hombres idóneos para la tarea.

—Lo sé, señor. Por eso me sorprendió ser requerido por la División de Narcóticos...

—Era lo razonable. Los mejores agentes nuestros son conocidos ya del adversario.

—¿Cómo? —se asombró Steve Marvin.

—Lo que oye, muchacho. Alguien se ha ocupado últimamente de espiar muy acertadamente al FBI. Han vigilado a los agentes de nuestra División, los han logrado fotografiar o filmar secretamente, y todo ese material, junto con informes completos, e incluso huellas dactilares, han pasado a poder de la más amplia y poderosa organización que jamás traficó en estupefacientes.

—¿Una traición acaso?

—No lo sé. Nadie sabemos nada. Pudiera ser que sí, pero todo eso constituye una incógnita por el momento. Lo cierto es que los traficantes conocen a mis mejores hombres, la media docena seleccionada que podría aventurarse a luchar contra ellos. Dado ese caso, resulta perfectamente inútil enviarles a esta misión, porque conocerían desde un principio su identidad, lo cual haría totalmente inútil la labor del agente.

—Entiendo la situación, señor. Eso es lo que le ha inducido a...

—Me ha inducido a llamar al mejor agente de cualquier otra División Federal. Y ese agente ha sido usted, Marvin.

—Confío en estar a la altura de sus esperanzas, señor.

—También yo confío en ello. Si no, no estaría usted aquí ahora. Marvin, quiero que se dé cuenta de algo. Confío mucho en usted. Ciegamente, podría decir sin exagerar.

—No... no sé si responderé a tanta confianza... Ni siquiera sé lo que debo hacer, lo que usted espera que yo consiga en... en ese asunto de los narcóticos...

—Espero lo mejor. Nuestro triunfo, Marvin. El aniquilamiento de los mercaderes de sueños nefastos... El fin de esa maldita organización que invade nuestro país de drogas.

—¿Debo desplazarme del país?

—Sí, Marvin. Debe viajar. Y mucho. Ha de ir a Manila, a Hong Kong, a Singapur... Allí están las redes de la telaraña. Allí está el control y dirección del negocio.

—Entiendo. Desde esos lugares llega la droga a los Estados Unidos...

—Desde uno de esos lugares se distribuye a los otros dos. Y los tres, a la vez, envían sus remesas a América. Todo está bien medido y estudiado. No sabemos cuál es el centro real de las operaciones, pero es un misterio reducido a tres ciudades: Manila, Hong Kong, Singapur...

—¿Tengo que averiguar cuál de ellas...?

—Entre otras cosas, sí. Debe averiguar eso. Y quiénes dirigen la organización, qué método siguen para introducir la droga aquí... Es muy arriesgado. Muy difícil, Marvin. Ellos son astutos. Y despiadados. No vacilan en matar a quién les estorbe o haga peligrar.

—Eso es habitual en la lucha contra cualquier especie de delito —sonrió Marvin, encogiéndose de hombros.

—Celebro su presencia de ánimo. Va a necesitarla, cuando esté lejos del país, únicamente dependiendo de sus propios medios, abandonado a sus recursos, a su suerte... No quiere decir que esté solo, porque en Manila le esperará uno de nuestros hombres de confianza, el agente DX-323, de la Represión Internacional del Contrabando de narcóticos, un compatriota nuevo adscrito a las Naciones Unidas en la misión de luchar contra los grandes azotes de nuestro tiempo. Después, en Hong Kong, nuestro agente federal Leonard Dern será su mejor aliado. Y si ha de ir a Singapur, allí está M. Lodge, agente S-60 de los Servicios de Inteligencia Norteamericana en el Sudeste de Asia. Todos ellos cooperarán con usted cuando llegue el momento. Conocen a fondo las ciudades donde residen, sus bajos fondos, sus enlaces con el hampa y cuanto es necesario para combatir a los traficantes de drogas. Pero no han tenido éxito con la Organización *Dark*.

—¿*Dark*?

—Es el nombre que tienen o que les fue adjudicado. Les va bien. Todo en ellos es oscuridad. Oscuro es su organismo, sus cabezas rectoras, sus procedimientos. Sí. La expresión *Dark* les va bien.

—¿Qué datos existen sobre ellos, señor?

—Se los proporcionaré enseguida, Marvin. Tendrá un historial completo de las actividades conocidas de *Dark*. Lo demás, en cuanto llegue allá, será cosa suya. Siga sus iniciativas, sus impulsos; su propio instinto le dictará lo más atinado en cada ocasión. Es lo único que puedo

recomendarle. Por eso le dije que necesitaba un hombre de características muy peculiares, no un agente cualquiera.

—Procuraré hacerlo lo mejor posible, señor.

—Lo sé. Marvin, una recomendación especialísima: no vacile en matar, si se presenta la ocasión. *Esto no es una misión vulgar*. Sus enemigos no dudarán en matarle si descubren su identidad. De modo que procure anticiparse a sus designios, y mate usted si es preciso.

—Lo haré, señor. No me gusta matar. Pero me gusta aún menos morir...

—Tengo entendido que habla idiomas orientales...

—Los hablo, señor. Chino, cantonés, algo de tagalo... Estuve unos años en Asia, y conozco bien todo aquello. No me vendrá de nuevas ninguno de esos lugares, se lo aseguro.

—Eso también pesó en mi elección, Marvin, cuando resolví llamarle a usted. Espero que sus conocimientos del terreno y del lenguaje de sus habitantes, le sea útil, llegado el caso.

—¿Alguna instrucción más, señor?

—En términos generales, no. Le daré después las instrucciones especiales, minuciosamente detalladas. Deberá estudiarlas, retenerlas en su memoria y destruir después lo escrito.

—Conforme, señor. ¿Cuándo será la partida?

—Mañana mismo. Le tendremos reservado pasaje en el avión para San Francisco. Allí le será entregado por uno de nuestros hombres de la Delegación Metropolitana un billete de avión con destino al vuelo San Francisco-Manila, y el dinero suficiente para ir como turista a las filipinas, Hong Kong y otros lugares de Oriente. Irá con su nombre real, porque no es conocido como agente de Narcóticos, y eso desorientará lo suficiente a nuestros adversarios. ¿Conforme, Marvin, con todo lo señalado?

—Conforme, señor.

—Bien. Posiblemente no nos veamos ya hasta su regreso de Asía —señaló el inspector Milner—. Si es así, le deseo suerte, muchacho. Y hasta que nos volvamos a ver.

Le tendía su mano abierta, cordial, por encima de la mesa. Marvin se la estrechó con fuerza. Se sonrieron ambos hombres.

—Gracias, señor —habló Steve Marvin—. Hasta que nos volvamos a ver... si es que vuelvo.

Y al inspector Milner le impresionó la simplicidad, la indiferencia con que el agente federal decía aquellas palabras que ponían en duda su existencia. Como si realmente, no tuviera miedo alguno a la muerte...

La muerte que podía acecharle en cualquier encrucijada de aquel viaje a los países exóticos desde donde surgían las drogas en su ruta maldita hacia los Estados Unidos...

CAPÍTULO I

MANILA

E

RA como una buena acuarela.

Una acuarela hecha de tonos limpios y transparentes, como solo pueden serlo en las regiones tropicales. Allí, todo parecía tener un color diferente al que tenía en el resto del mundo.

Ululó un transatlántico, alejándose de las costas de Luzón. Le despidieron algunos curiosos que deambulaban por los embarcaderos de pesca, y algunos pasajeros del buque, respondieron a esos saludos desde la cubierta. El buque se alejó, muy lentamente, saliendo de la bahía como sin prisas, dispuesto a internarse en el gran piélago de los Mares del Sur.

Había un exótico, fascinante colorido en los embarcaderos y muelles, más allá de los *docks* reservados en Manila a la salida y entrada de las líneas de turismo transoceánicas. Nativos e ingleses, españoles y norteamericanos, filipinos con mezcla de razas y tagalos purísimos deambulaban frente a la vista brillante del mar, frente a embarcaciones y cielo azul, frente a las costas exuberantes de Luzón, que formaban herradura en la bahía, frente por frente a la Península de Bataan.

Sí, todo ello era como una hermosísima acuarela, obra de un artista de rara sensibilidad exótica y pintoresca. Como un Gauguin de su época taitiana. O como una postal en color para difusión turística.

Solo que allí no intervenía la mano del pintor, del pincel o la mezcla de colores artificiales ni artificiosos. Ni siquiera la magia de un encuadre fotográfico.

Era pura naturaleza, viva y palpitante, sin la habilidad de un buen cámara o la pericia de cualquier otro artífice, capaz de captar la belleza de los colores y la plasticidad del lugar y sus elementos, en una imagen imperecedera.

No. Allí no había más que sol y luz, dorado y azul, verdiazul en las aguas tersas, con festones blancos de espuma. Era una stampa policroma pero natural, sin otros testigos que la propia Naturaleza.

O tal vez no...

Apenas era un pequeño yate, más bien una lancha motora de considerables proporciones, de cubierta con madera lustrosa, de blancos camarotes, de estructura color blanco deslumbrante, con un ribete azul a lo largo, y quilla afilada, en cuyo torno se agitaba la espuma del mar tropical.

Solo tenía dos ocupantes. Dos ocupantes de diferente sexo. Era lo natural. Sus cuerpos eran efigies de bronce vivo, brillante, cubierto de tersa

lluvia de agua. Se entrelazaban en abrazo jovial, pletórico de vitalidad, de radiante juventud y gloriosa atracción humana. Eran menudas las piezas de ropa que les cubrían, y era atlético y ligero como un gamo él, junto a la exuberancias llamativas pero armónicas de ella, mujer a fin de cuentas, y buena discípula en carne viva y no en mármol ni piedra, de su antecesora Venus, hoy falta de brazos por la acción del tiempo, de mil avatares... o del propio genio de su creador.

Parecían ambos felices y tenían todos los motivos para serlo. El trópico, su luz, su calor, su frescor a la vez, el rumor de las aguas, el azul de seda del celaje, el disco entre grana y aurífero del sol, la brisa tenue, con aroma a mariscos incrustados en la roca, o a frutos jugosos, colgando de las plantas lujuriosas de las junglas isleñas...

Todo. Todo invitaba a la felicidad. Todo, menos lo desconocido, lo ignorado.

Y lo desconocido, lo ignorado, se llamaba “Lince”. “Lince” podía verlo todo. O casi todo. Especialmente, si pagaban bien. No importaba quien pagase. El caso es que lo hiciera siempre en dólares, en billetes viejos, gastados, de esos que difícilmente controlan el número en ninguna parte.

Y “Lince”, con unos binoculares que parecían sencillamente unas gruesas gafas de sol, podía distinguir a una persona, con todo detalle, a más de dos millas de distancia. Ciertamente, ni la dama de curvas de bronce ni el caballero atlético de la canoa a motor, distaban dos millas de él. Ni siquiera una. La visión, por tanto, era nítida, sorprendente. A “Lince” le bastaba girar la ruedecilla que parecía un capricho o un simple adorno, sobre la montura de sus gafas de enormes, gruesos cristales verdosos.

“Lince” sonrió cuando se besaron los dos jóvenes de la canoa. No le gustaban especialmente esas escenas. No era un tipo de esa especie. “Lince” podía ser muchas cosas, menos un morbosos o un enfermo sexual.

Ya había visto suficiente por aquel día. Ya tenía datos, informes para sus amos, para los que pagaban. Y pagaban bien.

“Lince” echó a andar por el embarcadero de tablas, dejando el merendero donde se bebía Coca-Cola y se podía hundir los dientes en la jugosa pulpa de cualquier fruto tropical, o arrancar con un cuchillo, de la roca viva, un marisco o un crustáceo que sabía a mar y a salobre al ser saboreado. Eso no gustaba a los americanos, que hacían ascos a los mariscos. Allá ellos. Los americanos eran gente rara, se decía “Lince”. Pero tenían dólares. “Lince” no era americano ni mucho menos. Por eso saboreaba unas ostras, percebes o unos cangrejos, con verdadera fruición, con su carne salobre y jugosa, casi viva.

Entró en la sucursal telefónica situada frente por frente a los embarcaderos. Rebuscó en sus bolsillos y encontró un puñado de monedas de níquel. Echó un par en el teléfono. Marcó un número cuando hubo

obtenido la señal para ello.

Esperó. Cuando descolgaron, la voz sonó sorda, distante, extraña y como deforme:

—¿Quién llama?

—“Lince” —informó el comunicante con brevedad—. Informo.

—Bien —le respondieron—. Informe, “Lince”. *Dark* escucha.

“Lince” miró en torno. Los teléfonos públicos eran ideales para llamadas así. No se controlan fácilmente. Nadie pensaría en controlar todos los teléfonos públicos de Manila. Aun así, la mirada huidiza de “Lince” fue astuta y recelosa cuando escudriñó más allá de las vidrieras de la cabina telefónica, escogida de entre una hilera de ellas en la sucursal telefónica de los muelles.

—La pareja está en la bahía. En una canoa o pequeño yate.

—¿Los dos están en ella?

—Exactamente, sí. Están... er... haciéndose el amor. Muy apasionados.

—Eso no nos importa —respondieron secamente—. ¿Ha comprobado que eran ellos y no otros cualesquiera? No admitimos errores.

—Está comprobado. Son ellos. Se hallan frente a os embarcaderos de pescadores. El yate es blanco y caoba. Flota a cosa de una milla de la costa. Punto del mapa, R-112-22. Lo he comprobado minuciosamente. No hay confusión posible.

—Conforme. Puede marcharse. Nos ocuparemos de ellos enseguida. Y usted recibirá su dinero en la forma señalada.

—¿No necesitan nada más de mí? —se sintió decepcionado “Lince”.

—No, nada. Ya terminó su trabajo. Fue bueno. Si no hubo errores, recibirá su dinero. Y si le necesitamos de nuevo, sabemos dónde encontrarle...

Sonó un chasquido, antes de que “Lince” hubiera colgado. Ellos habían cortado la comunicación.

Suspiró, colgando a su vez el teléfono y saliendo de la cabina. Abandonó la central telefónica suburbana. Se detuvo en la acera, respirando el aire salitroso, con aromas a mar, a yodo y a mariscos frescos.

Echó una ojeada distraída al merendero portuario. Algunos pescadores tagalos se agrupaban en la barra, tomando cervezas o bebidas refrescantes. En sus lanchas, se agitaba el plateado pescado y el áspero marisco, esperando a su turno en la lonja pesquera de cada día.

Allá, en la bahía, seguía flotando mansamente, con una oscilación cadenciosa, el yate blanco y caoba, de la línea azul en sus bordas. Y la pareja, invisible a tal distancia, sin ayuda de los binoculares especiales, estaría allá también entregada a su pasión en solitario. Ignorantes de que tanta gente se preocupaba de ellos...

“Lince” volvió al merendero. Tenía la garganta seca. Pidió cerveza.

Dentro de poco, recibiría su dinero y podría seguir bebiendo cerveza durante mucho tiempo, sin que tuvieran que fiarle los establecimientos de la zona portuaria.

Bebió con avidez el frío y dorado líquido espumoso. Apuró aquella cerveza fácilmente y pidió otra. Se volvió con ella en la mano, a contemplar curiosamente el yate una vez más.

Al volverse, lo hizo con tal brusquedad que chocó con otro cliente.

—Oh, perdone... —se excusó.

—Está perdonado —respondió el otro.

“Lince” miró al hombre con quien había chocado. No era la primera vez que lo veía por allí. Ni sería la última. A pesar de su relativo aspecto de hombre digno, era un vulgar vagabundo de los muelles. Simplemente, le gustaba ir limpio y cuidado, lo cual a juicio de “Lince” era una solemne tontería. Porque aquel individuo no tenía un centavo. Y cuando lo tenía, como él mismo, era porque hacía trabajos para cualquiera, chapuzas de cualquier especie, y cosas así.

Todos le llamaban “yanqui”. Nada más que eso: Yanqui. Otros le decían Allen. Y nada más.

Era alto. Considerablemente alto. Enjuto, atlético, de cabellos ligeramente rubios por el sol de los trópicos, que habían clareado su pelo castaño claro. Tenía unos profundos ojos grises, escudriñadores y fríos. Se había dejado barba, cuidada y pulcra, pero barba al fin, a juicio de “Lince”. Llevaba solamente un pantalón claro, una camisa ligera, remendada cuidadosamente en algunos puntos, o zurcida con habilidad y pulcritud. Los zapatos eran de lona, con suela de goma, ligeros y baratos. Una chaqueta al hombro, o colgada de su mano sobre el hombro, completaba su atavío. Chaqueta ligera, de hilo, cruda y sin forros, milagrosamente limpia también.

Se fue a sentar en una de las mesas del merendero, frente a la bahía, tras mirar pensativamente a “Lince”, sin hacerle demasiado caso. Ahí terminó el contacto de “Lince” con el americano vagabundo, sin oficio conocido y familiar en los muelles de Manila.

Le vio acomodarse, pedir una cerveza, que pagó ante el desconfiado camarero, sacando cuidadosamente del bolsillo un miserable puñado de monedas fraccionarias y ningún billete.

Después de eso, “Lince” se desentendió de él. No le interesaban los demás. Solo él mismo. Si alguien llegaba a interesarle, como aquellos jóvenes de la canoa a motor o el pequeño yate, era porque otra persona pagaba por su interés.

Se entretuvo “Lince” cosa de veinte minutos en el merendero. El sol de la tarde tropical, como un enorme disco cárdeno, empezó a descender hacia el mar, frente por frente a la bahía filipina. La costa de Luzón se tiñó de

dorados increíbles, los vidrios de cada casa parecieron diamantes destellando bajo la luz vespertina. Y el azul del mar hizo tornasoles inverosímiles.

“Lince” terminó su sexta cerveza, y se frotó la mandíbula pensativo. Echó su última mirada al yanqui sentado frente al mar, cuyo cabello parecía oro viejo, hilado anárquicamente en desordenada melena. Luego, al propio mar, a la lancha motora, siempre flotante en el azul, como una diminuta mancha blanco y marrón, mecida suavemente por las aguas.

Tomó una ostra de un cesto recién pescado, sin que nadie le dijera nada, y la abrió con su ancha navaja, distraídamente. Se echó a la boca la pulpa carnosa del sabroso molusco, y lo saboreó, caminando despreocupadamente por el embarcadero.

El ronroneo del motor le hizo volverse. Al principio, pensó que sería la embarcación de recreo que volvía a la costa. Luego, vio que continuaba inmóvil en su posición anterior. Y que el ruido de motor venía del cielo.

Miró en esa dirección. Justo por encima de la canoa.

La avioneta asomó tras la jungla de una extremidad de la bahía. Era un pequeño aparato amarillo y gris. Sobrevoló las aguas, pasando dos veces sobre la canoa inmóvil.

Luego, realizó una maniobra amplia y fácil, trazando una curva en el azul, y regresó sobre la canoa a motor. Cuando estaba sobre ella, ocurrió lo inesperado, lo terrible.

“Lince” lo presintió. Lo temió de súbito, como algo que su instinto le decía que había estado incubándose rápidamente en aquellos minutos de calma del atardecer de Luzón.

—¡Oh, no, no! —jadeó, asustado—. Cielos, no...

Subió demasiado el tono estridente de su voz. Algunos pescadores le miraron, sin entenderle. En su mayoría eran tagalos, y “Lince” hablaba en inglés o español.

El yanqui sí se volvió. Le miró sorprendido, como preguntándose por qué gritaría así. Luego, se estremeció al temblar el mar y el propio suelo del muelle pesquero. Y giró la rubia cabeza hacia la bahía, buscando el motivo de aquel estruendo súbito, estremecedor y violento.

La avioneta seguía volando, alejándose ahora del pequeño yate. Este era solamente una masa informe de humo y llamas, crepitando violentamente en las aguas, hendida en dos, desgajada y candente.

—Una bomba... —susurró “Lince” con horror, sin advertir siquiera que era observado—. ¡Le lanzaron una bomba... desde esa avioneta...!

El yanqui solo tenía ojos para el caos de la bahía. Y para “Lince”. Luego, en las aguas, se formó un tumulto, al ser engullida la embarcación, sin que se viera el menor rastro de superviviente alguno en la superficie.

Sonaron sirenas de alarma en los pesqueros, corrieron los pescadores a

sus lanchas para ir en socorro del yate hundido, pensando acaso todos ellos en una explosión del combustible de a bordo o cosa parecida. Solamente “Lince” había advertido el momento en que la avioneta soltó la forma oscura, que cayó justamente en la cubierta de la embarcación, provocando la catástrofe...

El yanqui no había visto eso. Pero sí había oído y visto al “Lince”, y parecía saber bien la naturaleza de lo sucedido. No se movió de su asiento, no hizo acción alguna de ir hacia el agua con los demás. Entre otras cosas, porque no había visto forma humana alguna saliendo de la embarcación, moviéndose en las aguas. Eso solo podía indicar una cosa: los ocupantes de la canoa habían muerto, sumergidos con su embarcación.

—No puede ser... —susurraba “Lince”—. Es demasiado horrible...

Clavó sus ojos en la avioneta. Esta se perdía en la distancia, borrándose ya en el azul, sin rumbo fijo. El yanqui la estudió pensativo, siguiendo la dirección de la ojeada de “Lince”.

Este se alejó del embarcadero, pálido y demudado. Nunca había intervenido en un crimen fríamente calculado como aquel. Nunca había esperado tampoco que su labor fuese a terminar en un asesinato brutal, con una bomba lanzada desde una avioneta particular, sobre el yate que él espíara.

Cuando se halló fuera de los muelles, echó a correr como un desesperado, alejándose lo más posible del lugar de la catástrofe.

En el muelle, el yanqui se levantaba lenta, perezosamente. Había consumido su cerveza y había asistido a un hundimiento dramático. Esperó, deambulando en torno al merendero, a que llegaran los pescadores. En sus rostros leyó lo que ya suponía. Alguien lo dijo en tagalo. Otro lo repitió en inglés, uno más allá informó en español:

—No pudimos rescatar a nadie... Los cadáveres no aparecen. Y la embarcación se hundió por completo. Tal vez estaban dentro de la cabina... Habrá que enviar hombres rana para rescatar los cuerpos...

El americano no quiso oír más. Echó al hombro su chaqueta, emprendió la marcha con paso perezoso y lento, sin ninguna prisa por nada.

Fue entonces, cuando pasó junto a otros pescadores que traían fragmentos del yate hundido cuando escuchó lo que uno de ellos comentaba excitadamente:

—Hay que informar de esto a las autoridades de Marina... Era el yate de Ronny Ebsen el hijo de Bruce Ebsen, el consignatario de la *American Export*...

Bruce Ebsen... Era un hombre importante en Manila. El americano sabía eso. Y sabía otras cosas.

Bruce Ebsen podía ser consignatario de la *American Export*. Pero cuando él le conoció en una ocasión, Bruce Ebsen era algo más que eso.

Entonces era el agente DX-323, de la Represión Internacional de Narcóticos, adscrito a las Naciones Unidas y a la Asociación Mundial de la Salud.

Ese era Bruce Ebsen, el padre de muchacho cuyo yate había estallado en la bahía, sin que hubiera supervivientes...

* * *

—Bruce Ebsen, agente DX-323 de la Organización para la Represión Internacional de Narcóticos. Miembro del Congreso Mundial de la Salud, y afiliado a Interpol para la lucha contra los estupefacientes. Ese soy yo, Marvin...

Steve Marvin contempló fijamente a su interlocutor. Observó el tono de amargura en la voz del hombre vestido de blanco, pero con una ancha franja de luto sobre la manga de su camisa de hilo. En el trópico, nadie vestía de luto completamente. Pero el dolor de Ebsen era evidente en estos momentos. No hace falta que uno vista de luto para manifestar su pesar, su sufrimiento por una pérdida. Especialmente, cuando es un padre que acaba de perder en brutal accidente a su hijo.

—Celebro conocerle, Ebsen —le estrechó la mano Steve Marvin, turista norteamericano llegado pocas horas antes a la isla de Luzón, vía San Francisco—. Lo que lamento es que nuestra relación se inicie en momentos tan penosos. Me marchó al hotel ahora. Volveré mañana a los funerales, y pasados estos podremos hablar más ampliamente, con más calma...

—No, no —le atajó vivamente Ebsen—. Será ahora, Marvin.

—¿Ahora? Pero si hace apenas unas horas que ocurrió el accidente de su hijo, y no es lógico que...

—¿Accidente ha dicho? —la mirada de Ebsen se endureció. Sus manos se reunieron en su espalda crispadas y violentas. Paseó por la habitación de su lujosa residencia en La Escolta—. No, Marvin. Nada de accidentes. Mi hijo murió *asesinado*.

—¿Está seguro? —se inquietó el norteamericano recién llegado a Manila.

—Plenamente seguro, Marvin. No pudo estallar el combustible de a bordo. Ronny era un perfecto conocedor de todos los riesgos de un motor a gasolina. Llevaba poco combustible de reserva, insuficiente para una explosión así. He hablado ya con las autoridades filipinas. He exigido una investigación a fondo, aunque sé que no lograré nada. Fueron ellos los culpables de todo.

—¿Ellos?

—*Dark*. La maldita organización criminal, los traficantes de sueños artificiales para medio mundo. Los mercaderes del vicio costoso que les enriquece. Ellos acabaron con mi hijo. Y con esa mujer, Diana...

—¿No estaba solo Ronny?

—No. Había conocido a una muchacha de *night-club*, aquí en Manila. Una chica llamativa, sensual. Ronny se fijó en ella de un modo apasionado. Le advertí porque me temía alguna trampa. Últimamente Ronny era mi secretario, mi mejor auxiliar en todas las tareas a desempeñar aquí, en Filipinas. Ya había recibido amenazas por teléfono para que dejase de mezclarse en asuntos peligrosos. No sé cómo llegaron a averiguar los de *Dark* que yo soy DX-323, ni cómo supieron que mi hijo cooperaba, pero le amenazaron de muerte. Y a mí también. Ronny dijo que no sería fácil que le cogieran desprevenido Y ya ve... Se va con esa Diana Bradley, de *Legazpi* un club nocturno bastante decente y discreto, pasan un día juntos en el mar con su propio yate... y jamás vuelven. Son brutalmente asesinados ambos, machacados con un explosivo, no sé en qué forma...

—¿Y los cuerpos de ambos...?

—No han aparecido. Los hombres-rana están buscándolos en el fondo entre los restos del yate hundido. Confío poco en lo que puedan hallar. Aunque aparezcan los cadáveres, será difícil que incluso yo mismo los reconozca. La granada o explosivo utilizado fue muy poderoso. Dejó convertido el yate en simples astillas, después de quebrarlo en dos. Algo espantoso, Marvin.

—Afortunadamente, le visito como turista interesado en asuntos de exportación —comentó Steve, preocupado—. Mis documentos señalan que comercio por vía marítima con diversas empresas comerciales. De otro modo, podrían suponer que yo soy exactamente lo que soy.

—Sí, Marvin. No creo que nadie sepa quién es usted. Piense que solamente Ronny y yo sabíamos su identidad... y él ha muerto. En este despacho no hay micrófonos ni sistema alguno de transmisión. Hice instalar un detector especial que acusa la presencia de cualquier elemento electrónico en la habitación. De modo que, por el momento, usted está a salvo, siempre que no sospechen de usted y puedan comprobar algo. Compórtese en todo momento como el perfecto turista americano, y logrará engañarles. Pero recuerde que son muy listos. Y no conocen la piedad.

—Ya lo he visto, Ebsen. Por desgracia para usted... —meneó la cabeza, añadiendo—: Insisto en que será mejor que me retire, y mañana, tras los funerales, podremos...

—No —atajó vivamente Ebsen—. Será hoy, no mañana. No podemos permitirnos el lujo de perder tiempo, ni aun habiendo muerto hoy mi propio hijo. Lo que tenemos entre manos es demasiado importante para ello. Siéntese, Marvin. Le explicaré lo que es exactamente *Dark*, y a lo que alcanzan sus tentáculos malditos. Virtualmente, aferran toda la costa oeste de Asia y todo el continente Americano, de norte a sur, en su litoral occidental especialmente, que es el que ellos tienen más accesible por mar

o por aire para llevar allí la mercancía e introducirla en los mercados secretos de los Estados Unidos, Chile, México y otros muchos países.

—¿Cree que el centro vital de *Dark* está en Manila?

—No, no lo creo. Pero nada se puede afirmar. Para Leonard Dern, su agente en Hong Kong, tampoco allí está el cuartel general de la Organización. Pregunte en Singapur, y le dirán lo mismo. De modo que podría ser Manila su guarida, aunque nada me lo hace pensar así, Marvin. Creo que Hong Kong es el sitio adecuado para una cosa semejante.

—Sí, al menos eso es lo tópico, Ebsen. Hong Kong, centro de todas las intrigas de Oriente... —sonrió Marvin, meneando la cabeza con aire reflexivo—. Una pregunta: ¿tiene usted esposa, alguien más que...?

—No. No tengo a nadie más que comparta mi dolor de hoy, Marvin. Soy viudo. Ronny y yo éramos los únicos miembros de la familia... Iba a casarse pronto, pero era solamente eso: proyecto de boda. Su novia no es aún la señora Ebsen, ni lo será ya jamás.

—¿Diana, la del *night-club*...?

—No, no, cielos. Eso era una aventura de Ronny. Era incorregible en eso. Su novia formal es una muchacha encantadora, de buena familia... Audrey Roland, cuyo dolor ha sido más grande al saber... al saber que Ronny estaba con otra mujer en el momento de... de morir.

—Es un rudo golpe —admitió Marvin—. Uno más en este trance... ¿Cree que Ronny pudo hablar con ella de su trabajo aquí con usted, y eso sirvió para que *Dark* averiguase todo lo relativo a DX-323?

—No. Andrey no puede ser un enlace de *Dark*. La conozco hace años, conozco a su familia. Es una joven excelente.

—Estoy convencido de que muchos enlaces y muchos miembros de *Dark*, parecerán excelentes personas, mientras no se pruebe lo contrario. Es uno de los secretos para que una organización criminal se mantenga inmune. No pueden ser delincuentes vulgares, Ebsen. Pero de cualquier modo, ni quise señalar con acusación alguna a esa oven. En cuanto a Diana Bradley, la del club nocturno...

—No sé si ella informaría a *Dark*. Pero el hecho de que haya muerto junto a mi hijo...

—A veces, las organizaciones utilizan un cebo apetitoso... y cuando el pez ha picado, se deshacen de este y del cebo. Su hijo tuvo que sincerarse tontamente con alguien, para que esto haya sucedido y usted mismo esté ahora en peligro, y sea relativamente ineficaz para la lucha, puesto que *Dark* conoce su identidad y actividades, Ebsen.

—Desgraciadamente, eso sí es cierto, Marvin. Hice mal, muy mal en buscar la colaboración de mi hijo en asunto tan grave y arriesgado. Nunca me perdonaré esa tremenda responsabilidad que cae sobre mí, Marvin. Soy el culpable, el auténtico y único culpable del fin del pobre Ronny.

—No piense eso. Son accidentes que ocurren en nuestro trabajo —le confortó Marvin—. Ahora, hablemos de nuestros asuntos, puesto que usted se obstina en ello. Dígame lo que lleva averiguado sobre *Dark*, sus puntos de vista sobre la organización, lo que se sepa sobre sus métodos de tráfico y sistemas de distribución de drogas... Por poco que sea, puede servirnos de indicio para ir edificando alguna teoría plausible y sólida, que termine por llevarnos a la verdad de todo este tenebroso caso.

—Sí, Marvin, vamos a tratar de ello, y cuanto antes mejor —sonrió amargamente Ebsen, añadiendo con voz ronca—: No quiero seguir el destino de mi hijo, llevándome a la tumba cuanto pueda saber acerca de *Dark*... Usted ha sido designado para resolver este caso, y aunque dudo que lo consiga, voy a ayudarle en todo lo posible. Ya no se trata solamente de una misión que es mi deber cumplir, sino de un afán de justicia, o tal vez de venganza. Mi hijo ha caído, y quiero que caigan sus asesinos lo antes posible, Marvin. Dios le ayude en esa tarea.

—Gracias, Ebsen. Creo que no es hora de pensar en venganzas que enturbian la razón y ciegan el entendimiento, sino en la fría e inexorable justicia que reclaman hechos como estos que *Dark* realiza...

El teléfono sonó, interrumpiendo al agente federal llegado a Manila como supuesto turista americano, de profesión comerciante. El joven Marvin hizo un gesto a Ebsen, señalándole que podía tomar el teléfono. Así lo hizo el supuesto consignatario naval de Manila. Descolgó el receptor, y atendió la llamada.

Su rostro se tornó ceniciento, se crispó en un gesto angustiado, y cuando colgó el aparato, su voz era ronca al despedirse, ahogada por alguna emoción interior muy fuerte.

—¿Algo nuevo, Ebsen? —se interesó Steve Marvin vivamente.

—Sí, Marvin —le miró como alucinado. Enjugó el sudor de su rostro y declaró, rota su voz—: Han hallado los cuerpos... en el fondo de la bahía, dentro de los restos de la cabina del yate Están horriblemente destrozados, pero son ellos dos. Abrazados, Marvin, sorprendidos por la muerte estrechamente enlazados. Ahora debo ir a identificarlos, aunque sea por sus prendas, por su físico, ya que no por sus rostros mutilados. Debió estallar junto a ellos la bomba... Porque ¿sabe, Marvin?, era una bomba, una poderosa granada lanzada sobre la embarcación... Han hallado metralla, cascotes de metal del explosivo arrojado contra el yate... Ya no hay dudas. *Fue Dark*. Fueron los asesinos de esa maldita organización los que terminaron con mi hijo...

Marvin no dijo nada. Se limitó a inclinar la cabeza, a contemplar pesaroso a aquel hombre agobiado por la angustia de su reciente pérdida, sometido al profundo dolor de un trance penoso y terrible.

Pero ahora, había una seguridad: no fue el combustible de a bordo el

causante del desastre. No fue un accidente. Hubo una granada, un explosivo ajeno al yate, lanzado sobre este. ¿Desde dónde? Desde alguna parte, en el exterior. Pero lanzado por manos asesinas.

Por las manos anónimas y despiadadas de la Organización *Dark*, los mercaderes de sueños artificiales para los viciosos de todo el mundo...

CAPÍTULO II

PELIGRO

A

UDREY Roland era una mujer muy bonita.

Muy atractiva, muy joven, muy elegante y estilizada.

Audrey Roland estuvo presente en los funerales por Ronny Ebsen, junto al padre de la víctima, Bruce Ebsen.

Marvin pudo contemplar a su antojo a la joven, desde la terraza donde se apostó, provisto de unos binoculares, para presenciar las honras fúnebres por el muchacho.

Se preguntó qué ideas estarían pasando por la mente de la joven, al pensar que Ronny, su prometido, había hallado la muerte abrazado estrechamente a otra mujer, la opulenta y llamativa Diana Bradley, del *night-club* Legazpi, en el centro de Manila.

Había elegido Marvin un punto discreto, en un edificio de La Escolta, de tiempos de la hegemonía española en Filipinas. Tras unos adornos de piedra de la terraza, su figura permanecía oculta, y asestaba impunemente los binoculares sobre la calle y la pequeña católica capilla, donde Ebsen, católico también, presidía las honras fúnebres por Ronald Ebsen, su querido y asesinado hijo Ronny.

Desde allí es como Marvin observó a su antojo a Audrey, la novia de Ronny. De cabellos oscuros, figura esbelta y distinguida, rostro ovalado, muy atractivo y dulce, expresión entre dolorosa y resignada; la muchacha era realmente encantadora, y hacía inexplicable la aventura de Ronny, aunque esta hubiera tenido lugar con una hembra diametralmente opuesta a Audrey Roland. Una mujer puro sexo, una opulenta rubia de *night-club*, situada a miles de años-luz de Audrey, la dulce novia enlutada que ahora asistía al acto final de una vida joven.

Marvin se hizo el propósito íntimo de ir esa misma noche al Club Legazpi, cerca de La Escolta, donde Diana Bradley actuaba como cantante, donde Ronny la conociera. Ese podía ser el principio de una pista. O podía no ser nada de nada.

Los funerales estaban terminando en la capilla católica. Steve Marvin bajó los binoculares, con expresión meditativa. Tenía interés en establecer también contacto con Audrey Roland. Ella podía mentir por pura piedad hacia el muerto, a su padre, Bruce Ebsen. Podría mentirle también a él, por supuesto. Pero lo que para Ebsen no significaría nada, para Marvin podía ser un indicio sobre la culpabilidad de Ebsen *júnior* en el delito de imprudencia. Una vacilación, un gesto dubitativo en la muchacha, un

simple pestañeo, indicarían claramente al agente federal si Ronny Ebsen la había hecho partícipe a su novia de su especialísima y secreta actividad junto a su padre. Si era así, no podía dudarse de que también lo hubiera hecho con otras mujeres, en el club nocturno o en cualquier otro lugar de Manila.

Marvin estaba seguro respecto a esto último. El joven Ebsen había incurrido en el tremendo error de tomarse demasiado a la ligera una labor que exigía el silencio, la prudencia, la más hermética discreción. No solo frente a una organización poderosa e implacable como *Dark*, sino frente a cualquier tipo de traficante en drogas que pudiese estar combatiendo Ebsen, en su tarea de miembro de la Represión Internacional sostenida directamente por los fondos de las Naciones Unidas.

Se apartó Marvin de su refugio tras el adorno de piedra de la terraza española. Se deslizó hacia la salida de la misma, para regresar a la calle, convencido de que había visto ya lo suficiente desde su atalaya.

En ningún momento supo el agente federal que, desde una ventana alta, de persianas casi cerradas, pero con rendijas lo suficientemente amplias, un hombre había estado, a su vez, escudriñándole a él con ayuda de unos raros binoculares que no eran en apariencia sino vulgares gafas de cristales de color verde, con lentes harto gruesos pero nada más.

Sin embargo, así era. Tras la persiana de aquella ventana situada ante las terrazas que dominaban La Escolta, “Lince” graduaba sus peculiares gafas-binoculares, clavadas directamente en la figura de Steve Marvin, el turista americano que, en apariencia, aprovechaba su paso de placer por la capital filipina, para visitar a personas de trato comercial, como el consignatario naval Bruce Ebsen, de su misma nacionalidad.

Al efecto, las instrucciones frías y mecánicas, recibidas por teléfono, habían sido escuetas. Y llegaron poco después de que un paquete a domicilio, contra recibo firmado, dejara en sus manos una cantidad jugosa y nada despreciable de viejos billetes de cinco dólares. El precio de un trabajo que, allá en los embarcaderos, había terminado la tarde antes en tragedia. “Lince” aún pensaba en ello al escuchar, nervioso, las nuevas instrucciones de *Dark*, a través del hilo telefónico:

—Hay un turista americano en el Manila Hilton. Se trata de Steve Marvin, cuyos documentos le denominan “agente y representante comercial en reportaciones y exportaciones”. Sus motivos de viaje a Filipinas son de puro turismo, y tiene billete combinado para dentro de pocas fechas, con viaje asimismo de placer a Hong Kong. Ha visitado a Bruce Ebsen, al parecer por motivos de negocios comunes. Pero Ebsen es agente especial de un servicio de información que nos preocupa y combate. Averigüe cuanto pueda sobre ese Marvin. Vigílelo. Es posible que solamente sea lo que aparenta, pero es misión suya confirmarlo sin lugar a dudas, “Lince”.

Sígallo, vigile sus pasos discreta y eficazmente. Habrá nuevo pago, tan importante como el anterior, en cuanto haga información completa sobre Marvin. Es todo.

Para “Lince” no era todo. Y lo dio a entender claramente, cuando respondió con tono nervioso e inseguro a su interlocutor, tras haberse humedecido los labios y tragado saliva, más para armarse de valor al responder, que por ninguna otra causa:

—No quiero intervenir más en cosas como la de ayer. Nadie me dijo que los jóvenes del yate iban a morir de aquel modo...

Le interrumpió ásperamente la voz:

—Nadie tiene que decirle lo que va a ocurrir. No proteste. No replique. No admitimos objeciones. Solo obediencia ciega. Y muda, “Lince”.

—Pero no me gusta que corra la sangre, no quiero mezclarme en asesinatos y cosas así —tuvo aún valor de rechazar “Lince” con encomiable valor, pero con muy poca prudencia.

—Entonces, siga trabajando y cierre la boca en todo momento. O será su sangre la que correrá. Y será usted la víctima, necio.

Le colgaron el teléfono justamente entonces. “Lince” descubrió que estaba pálido y sudoroso al contemplarse en el cristal de la cabina desde donde hablara con sus ocultos jefes. Demasiado tarde, se dio cuenta de que no debió decir nada de aquello aunque lo pensara. Era peligroso. Gente que no vacilaba en enviar una avioneta y bombardear fríamente una lancha motora con dos jóvenes enamorados a bordo...

Se estremeció, asustado. “Lince” no era un espía propiamente dicho. Ni un esbirro de criminales. Solo un pobre diablo astuto y desaprensivo, con métodos propios para servir a gente más desaprensiva y rica que él. Ahora su relación con aquella gente que nunca se dejaba ver, y de quienes, solo tenía un vago número telefónico, empezaba a resultarle amenazadora, difícil.

Debía obedecer, callar, no protestar. Debía ser cómplice, encubridor de aquel doble crimen de la bahía. Y tal vez de otros peores aún. Eso, o rechazarlo de plano y romper con quienes le pagaban.

Eso, según el hombre del teléfono, significaba algo mucho peor para él: la muerte.

“Lince” obedeció. No tenía otro remedio. Nada como el miedo para hacerle a uno realizar todos aquellos actos que le repugnen.

Vigiló al americano de Manila Hilton. Steve Marvin, turista... No era difícil, una vez escuchado en labios de un “botones” el nombre de “señor Marvin”. Seguir al hombre en cuestión, vigilarlo a distancia, con ayuda de sus ingeniosas gafas graduables...

Era raro que un turista vulgar se interesara por los funerales del joven Ebsen, asistiendo a ellos desde una terraza, en vez de acudir personalmente

a la capilla. Era raro también que utilizara pequeños pero potentes binoculares en su asistencia peculiar a tal ceremonia. Era raro su sigilo, su cautela, su modo de comportarse.

“Lince” tuvo miedo. Miedo de que Steve Marvin no fuese el turista que decía ser. Miedo de que, realmente, fuese un enemigo de aquellos que le pagaban a él. Porque no podía ocultarles el resultado de sus averiguaciones, no podía engañarles en absoluto.

Si Marvin era algo de lo que su actitud daba a entender, posiblemente dispusieran su asesinato. Entonces, “Lince” sería un cómplice en el crimen. Era mala cosa un asunto así. Pero era mucho peor ser un cadáver, solo por salvar el pellejo de un desconocido americano.

“Lince” abandonó la casa donde había permanecido durante la ceremonia fúnebre, vigilando al americano de la terraza. Cruzó La Escolta disimulado entre el tráfico, mezclado con chinos, japoneses, europeos, americanos y tagalos en confusa, multicolor y abigarrada mescolanza. Sus ojos, a distancia, seguían fijos en las anchas espaldas, en la alta y firme figura del agente federal norteamericano que se movía ahora con desenvoltura y aparente indiferencia por todo, a través del tránsito matinal de Manila.

Pasó justo ante la capilla católica. Ebsen y Audrey Roland caminaban cansadamente hacia un automóvil gris plomo, al que subieron, arrancando con rapidez. Se disolvían los grupos de filipinos y americanos asistentes a la ceremonia. Marvin no se acercó en ningún momento a la capilla, pero sus ojos escudriñaron disimuladamente cada detalle de la misma y de sus asistentes. “Lince” no se perdió a su vez detalle alguno de tal juego.

Marvin entró en un bar, en un local largo y moderno, decorado con fingidos motivos típicos de la vieja Manila hispana. Se acomodó en la barra. Frente por frente, al otro lado de la calle, había una cantina nativa, también modernizada por exigencias del turismo. En ella entró “Lince”, pidiendo una cerveza. El *barman* le miró con desconfianza, y el hombrecillo tiró sobre el mostrador un billete de cinco dólares, mascullando algo despectivo.

Desde allí, veía bien a Steve Marvin, el americano de modales apacibles y de extraña actividad matinal en las terrazas. “Lince” aún no quería llamar a sus jefes. Prefería esperar, confirmar sus sospechas, antes de acusar indebidamente a una persona que, tal vez, no era lo que ellos temían. Ni lo que él empezaba a figurarse que podía ser.

A “Lince” le pasó totalmente desapercibido el tercer factor de la curiosa persecución. Para él, solamente dos personas vigilaban en Manila: Marvin, a los asistentes al funeral del joven Ebsen. Él, a Marvin.

No podía imaginarse que, a su vez alguien le estaba vigilando a él, justamente desde que inició su tarea de seguir a Marvin en las cercanías del

Manila Hilton, a primeras horas de aquella mañana.

Otro americano alto, rubio, indiferente por todo en apariencia, de vaga mirada gris, penetrante y fría en realidad, de modos apáticos, de gesto cansado y risueño a la vez, de dura y amarga expresión en el rictus de su boca...

Un hombre mal trajeado, pero pulcro, aseado, de barba rubia y cuidada, de impecables zapatos de lona, de pasos largos y flexibles...

“Yanqui” encendió un cigarrillo, junto al puesto de periódicos de la esquina. Lamentó no tener unos centavos de sobra para adquirir una revista ilustrada en cuya cubierta aparecía Sofía Loren en prendas interiores de Nylon tenue. Valía la pena contemplarla más de cerca. Y cubrirse en parte con ella, para seguir oteando al pequeño filipino de ojos astutos, al raído “Lince” de los muelles de Luzón.

“Yanqui” estudió la posición de los dos locales, mientras fingía preocuparse por las noticias de la primera página de diario colgado junto a la exuberantes Sofía. Se mordió el labio inferior, con aire reflexivo.

No era fácil entrar en el local de enfrente, sin ser visto por “Lince Y “Yanqui” estaba seguro de que “Lince” le recordaría muy bien. El pequeño ratón de los muelles era muy observador. Recelaría, él estaba seguro. Y no quería que recelase. No deseaba en absoluto que asociara al americano del Manila Hilton con él y con la tarde anterior, en los muelles, frente a la hecatombe estruendosa del yate de los Ebsen...

Dio unos pasos por la acera, apurando su último cigarrillo lentamente, con auténtica fruición. Ni siquiera sabía cuándo iba a poder fumar otro. Tenía solo setenta y cinco centavos en el bolsillo, y el último dólar flamante, el de las ocasiones desesperadas, guardado en su zapato, bien plegadito. El dólar que nunca se gastaba. El dólar para un caso extremo de exasperada necesidad. Con ese no debía contarse nunca. Era la forma de tener siempre algo. Algo menos que nada...

Sonrió, parándose de repente. “Lince” se había vuelto a recoger el cambio y beber cerveza con avidez. Su nuez abultada subía y bajaba, deglutiendo el dorado líquido. Se humedeció los labios “Yanqui”, con sed auténtica. Y se movió rápido en la acera, salvando la distancia hasta el bar típico de enfrente. Empujó las puertas, entró veloz como una flecha y pasó junto a Marvin, que tomaba un brandy con soda. Se sentó dos asientos más allá y apoyó sus codos en el mostrador, inclinando la cabeza y contemplando la superficie lustrosa de la barra como si fuera lo más importante del mundo. El *barman* le estudió de reojo, desconfiado como siempre que le miraban a “Yanqui” en todas partes. Manila entera le conocía en realidad. No le echaban de ninguna parte, porque no era sucio ni daba sensación de vagabundo. Pero todos sabían que no tenía dinero.

—No fiamos, yanqui —dijo el *barman*, seco.

Marvin, curioso, miró de reojo. El “Yanqui” se cubría el rostro inclinado, entre las manos. Lo estudió el federal con interés. Hizo un gesto al *barman*. Se acercó este.

—Sírvale —indicó—. Yo invito.

El filipino de la barra se encogió de hombros. Fue al “Yanqui” y le preguntó:

—¿Qué va a tomar? Paga ese compatriota suyo, el caballero de ese asiento...

El “Yanqui” agito su cabeza, sin mirar a Marvin. Era una muda señal de gratitud.

—Cerveza —pidió—. Un doble vaso de cerveza, amigo.

Se lo sirvieron Marvin no le dirigió palabra alguna. El otro tampoco por el momento. Tomó un sorbo del líquido dorado. De repente, su voz llegó sorda hasta Marvin.

—No mire a la calle en ningún momento, le diga lo que le diga, compatriota.

Marvin enarcó las cejas. Resistió la tentación de mirar justamente adonde el otro le señalaba como prohibido. Y se puso en guardia contra cualquier jugada o argucia del compatriota sin dinero.

—Creo que no le entendí —manifestó Marvin, girando hacia él la cabeza.

—No, tampoco me mire a mí —seguía el “Yanqui” con la cabeza inclinada, fija su vista en la cerveza, oculto a medias por sus manos—. Siga bebiendo, fume o haga lo que quiera pero no deba parecer que habla conmigo. Ni que sabe que le están vigilando desde fuera.

—¿Vigilando? —los nervios de Marvin se tensaron ahora. Su cautela se extremó notablemente bajo su apariencia inocente—. Sigo sin entender...

—Bien, ya entenderá. Pero siga sin mirar a ninguna parte de las que le dije. Le vigilan. Toda la mañana. Desde que dejó el hotel.

—¿Está loco? ¿Cómo lo sabe? Será usted quien...

—No, yo no. Yo vigilo al otro.

—¿El otro?

—El que le vigila a usted... No sabía quién se estaba ocupando. Luego, vi que usted era su presa. Le está siguiendo, le ha vigilado cuando usted estaba en la terraza, con los prismáticos —rio suavemente el “Yanqui”, al notar el leve sobresalto en su interlocutor, aun sin mirarle—. Me bastó seguir su mirada desde una ventara para verle a usted, ¿comprende? Ahora tiene al tipo en un bar de enfrente, en la cantina tagala. Es pequeño y delgado. Le llaman “Lince”. Es filipino. No trabaja en nada oficialmente. Deben pagarle por ir tras de usted, amigo. Creí que le convenía saberlo.

—Sí, esas cosas siempre convienen. Tal vez intente asaltarme, robarme.

—No, no —negó con la cabeza el “Yanqui”—. No creo que sea eso.

“Lince” no se dedica a esas cosas.

—¿Qué supone usted, entonces? —se interesó Marvin fríamente.

—No sé —encogimiento de hombros por parte del americano sin fondos—. Acaso le contrataron para seguirle por otros motivos. Usted sabrá, amigo... Yo voy ahora a los lavabos. Volveré a apurar mi cerveza y me iré. No me mire ni se fije en mí al salir. Es lo mejor. Ese “Lince” es listo. Muy listo.

El “Yanqui” fue a los lavabos, incorporándose perezosamente. Dejó su alto vaso de cerveza, casi terciado. Marvin se quitó sus gafas de sol. Las puso sobre el mostrador. Su inclinación y el color de los cristales, las hizo actuar de espejo. Escudriñó lo que veía. El bar tagalo al otro lado de la calle, un filipino pequeño y escurridizo, tomando algo junto a la puerta, al principio de la barra... Observó repentinamente que el filipino giraba la cabeza y miraba como con descuido a la calle. Pero percibió los ojos estrechos y oblicuos fijos en él. El americano vagabundo no mentía. No se había equivocado. Le vigilaban.

El “Yanqui” salió del lavabo con paso lento. Se sorprendió, queriendo retroceder. Ya no era posible. Marvin le cerraba todo paso, apoyando una mano en la puerta de los servicios, situados al fondo del bar.

—Así, cara a cara —dijo—. El filipino no nos ve desde su atalaya. ¿Por qué me avisó de todo eso, amigo?

—Somos compatriotas... —evadió el otro, inclinando su barbudo rostro joven y rubio.

—No, espere —rápido, Marvin le aferró el mentón y alzó su rostro. Se encararon así los dos hombres, con escasas pulgadas entre sus rostros. Se miraron fija, abiertamente. Los ojos de Marvin brillaban—. Estaba casi seguro. Ahora, lo estoy totalmente.

—No sé de qué habla. Déjeme —pidió rudamente el blanco vagabundo de Manila.

—Eres Allen. Allen Logan —declaró fríamente Marvin—. Allen Logan, reclamado por la Justicia norteamericana, buscado por el FBI...

—Te felicito, Steve Marvin —habló con tono amargo el “Yanqui”—. Acierto pleno. Sigues siendo buen fisonomista, ¿eh?

—No has cambiado demasiado. Más delgado, más cabello, la barba... Pero no has cambiado —le soltó, pero siguió cerrándole toda salida—. Lo siento, Allen. Pero tú mismo has venido a meterte en la boca del lobo. Mi deber es arrestarte. Y llevarte conmigo a los Estados Unidos, entregarte aquí en nuestra Embajada... ¿Vas a oponer resistencia?

Allen Logan negó lentamente con la cabeza y bajó sus manos abiertas, en ademán apacible.

—No —rechazó—. No opondré ninguna resistencia, Marvin...

Sonreía, como resignado a su suerte. Marvin tocaba algo con su mano

zurda en el bolsillo de la americana de hilo. Algo metálico que no era un arma.

Las esposas. Las pulseras de acero. Logan lo sabía.

Por eso, súbitamente, sus manos inocentes y abiertas se alzaron violentas, secas, cortantes.

Y golpearon brutalmente a Steve Marvin, agente federal.

CAPÍTULO III

MUERTE

F

UERON dos mazazos con el filo de ambas manos, capaces por sí solos de derribar a un elefante.

Logan parecía conocer la poderosa naturaleza de Marvin. El federal se tambaleó, sin llegar a caer, pese a los impactos inesperados el hombro y cuello, trastabillando torpemente Logan, con rapidez, giró sobre sí mismo y volvió a meterse en los servicios. Atrancó la puerta desde dentro.

Se rehízo lentamente Marvin, saliendo del aturdimiento de los dos golpes de Logan. Juró entre dientes y presionó la puerta con energía, sin que cediera. El *barman*, sorprendido, asistía a la escena desde la barra.

—Tiene salida por atrás —explicó—. Su compatriota huyó por la ventana de los lavabos, seguro. La tela metálica puede desprenderse fácilmente... ¿Le ha robado algo tal vez?

Negó Marvin, saliendo velozmente del establecimiento y dando la vuelta a la manzana. Era tarde. El *barman* tenía razón. Vio, en la calleja posterior, una ventana con la tela metálica arrancada. El hueco era suficiente para pasar un hombre, sobre todo si era enjuto y escurridizo, como Allen Logan, el perseguido por el FBI...

El federal masculló algo entre dientes y meneó la cabeza, furioso.

—Es la tercera vez que se escapa de entre mis manos —rezongó—. Ese hombre es el mismo diablo... ¿Por qué no se dejaría aprehender cuando lo intenté la primera vez, allá en los Estados Unidos? Esto no hace sino complicar su vida. Su pobre y miserable vida actual, en estas islas...

Meneó la cabeza. No entendía a Allen Logan. Nunca lo había entendido, ni creía que lo lograra nadie. Era un hombre extraño y difícil. Tenía cerebro para ser cualquier cosa buena. Y facultades, y condiciones de todo tipo. Sin embargo, era solo eso: un paria en las islas tropicales, un fugitivo sempiterno de la Ley americana. Un hombre que jamás podría volver a su país, en el mejor de los casos.

—Al diablo con Logan —se irritó, regresando al bar. Ya en la acera, miró disimuladamente a la cantina tagala. No vio ni rastro del pequeño filipino. “Lince” ya no estaba. Marvin pagó su consumición en el bar y regresó definitivamente a la calle, preguntándose perplejo—. ¿Por qué me avisó de lo de ese “Lince” puesto tras mis pasos? ¿Están de acuerdo los dos, o ha obrado de buena fe Logan, sabiendo que con ello se arriesgaba a que yo le reconociera y aprehendiese, entregándolo a las autoridades americanas en Manila, con perfecto derecho por nuestros acuerdos legales

con el Gobierno filipino?

Todo eran preguntas sin respuesta. Incluso podía ocurrir que Logan hubiera dejado volar su imaginación en el caso de “Lince”. Pero Marvin, estaba seguro de que no era así. Logan podía ser muchas cosas menos un imaginativo, un embustero o un iluso. Si afirmaba algo, era porque su perspicacia de pillo siempre en guardia le había hecho ver eso que otros no apreciaban.

Y entonces, había algo evidente para Marvin: alguien, en Manila o fuera de Manila, sabía que Steve Marvin no era lo que aparentaba. O, al menos, lo ponían en duda.

Eso era peligroso para él. Muy peligroso. Y especialmente, para su misión en Asia.

De todos modos, no podía dedicarse ahora a buscar a “Lince”. Tendría que olvidarse de él, aunque no ignorar su existencia y actividad. De cualquier modo, esa noche debía ir al Club Legazpi, y lo sucedido no iba a alterar sus planes en modo alguno.

Solo que ahora, Steve Marvin estaría más en guardia que nunca. Sabía que el riesgo era de muerte.

* * *

Se llamaba Daisy. Daisy solamente. Como otra chica se llamaba Judy, Stella, Mary... o Diana.

Daisy era joven, rubia, provocativa. Como todas las chicas del Club Legazpi, en el centro de Manila. El local era discreto y atractivo. El *show* no tenía nada escandaloso, salvo el atractivo físico de las muchachas que actuaban en él. Daisy era una de ellas. Cantaba las canciones que hasta entonces había cantado otra rubia más llamativa y popular que ella: Diana Bradley, muerta en “accidente” en la bahía, justamente el día antes.

—Eres muy bonita, Daisy.

Ella le miró con una sonrisa amplia. No era una frase original, y además debía haberla oído muchas veces. Pero pareció gustarle.

—Los americanos sois encantadores —declaró ella, risueña—. Todo os parece bien. Cada muchacha os resulta hermosa...

—No, no. Es la pura verdad. Eres bonita. Tienes encanto, Daisy. Mucho encanto.

—Gracias, Marvin. Eres un buen chico —le acarició la mejilla, melosa—. Hay chicas más bonitas que yo en el *show*, de todos modos. Y tú me has invitado a mí a tu mesa...

—Me gustaste tú. Además... me pareció que mirabas en algunas ocasiones hacia mí.

—Bueno, tampoco eres feo —rio ella suavemente. Miró en torno, expresiva—. Y, ciertamente, destacas entre todos ellos. Me gustas más que

mis clientes habituales.

—Gracias. Eres muy amable, Daisy —Steve Marvin volvió a llenar las copas con la botella de champaña que había pedido al invitar a la muchacha—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Un año. Antes salía en el conjunto, cantaba una piececilla y bailaba otra. Poca cosa. Ayer ascendí de categoría Cosas que ocurren, Marvin.

—Entiendo. ¿Alguna compañera indispueta...?

—Peor —se inclinó hacia él—. Muerta.

—¿Muerta? Diablo...

—Sufrió un accidente. Pobre Diana...

—¿Diana Bradley, la que anuncian aún en las carteleras de los diarios? ¿Es ella la que ha...?

—Sí, es ella. No han tenido tiempo de cambiar la publicidad. Éramos muy amigas las dos. Mi pobre compañera Diana... Fue horrible.

—Leí algo de una explosión en una canoa a motor. Dice el diario que iba en ella una chica popular en la vida nocturna de Manila...

—Esa era Diana. No creas que era una cualquiera, no. Solo hacía como yo; tomar unas copas con un cliente honesto, salir con un muchacho... Lástima que saliera con él. De otro modo, ahora estaría viva.

—¿Murió con ese muchacho acaso?

—Por supuesto. Fue con él de excursión. Les debió reventar el combustible o algo así. Un chico de fortuna, de buena familia. Americano, como tú, Marvin. Joven y exaltado. No me fío de esa clase de chicos. O te tumban en un barranco con un coche de carreras, o... o sucede como con la pobre Diana. Una canoa a motor que no es manejada con prudencia.

Steve Marvin hubiera podido decir muchas cosas sobre esa teoría de Daisy, pero no dijo nada. En vez de eso incitó a hablar a la rubia muchacha, tras hacer chocar suavemente sus copas de champaña.

—Yo no soy un joven apresurado —sonrió Marvin, dejando su copa en la mesa—. No he cumplido los treinta años aún, pero tengo madurez, soy sereno, no me gusta la velocidad... y no me gustan las canoas a motor.

—Menos mal —suspiró Daisy aliviada. Puso su mano en el brazo de Marvin. Este observó que su descote, al inclinarse ella hacia él, se abría ligeramente. Tenía senos macizos y firmes, plenos de juventud y arrogancia. Sobre ellos brillaba un alfiler de brillantes. Sus labios carnosos se entreabrían, llenos de promesas viejas como el mundo. Ella añadía ya, con voz suave—: Me gustan los hombres jóvenes, como a toda mujer. Pero los temo, Marvin. No tienen sentido de la responsabilidad. Ni sensatez. Eso no nos gusta a las chicas, aunque ellos crean lo contrario.

—Lo imagino. El peligro no gusta a nadie que tenga la cabeza bien afirmada sobre los hombros. ¿No se lo hiciste ver así ninguna vez a tu amiga Diana?

—Bueno, se lo dije en alguna ocasión. No me hizo caso. Le chiflaba ese chico, pese a que tenía novia, y muy bonita por cierto. De la mejor sociedad filipina, aunque ella es americana de origen. Sus padres son americanos, ella nació aquí... Americana después de todo, ¿no crees?

—En cierto modo, sí. ¿Y tú? ¿Eres también filipina, Daisy?

—No, no. Inglesa. Nací en Singapur, pero de padres ingleses. La vida me ha traído a Manila. Me gusta, y aquí me he quedado. ¿Te gusta a ti?

—¿Manila o tú?

—Tonto... —rio ella suavemente, poniendo un dedo en sus labios—. Te preguntaba por la ciudad solamente. Deben gustarte tantas chicas... Americano y turista. Te sobrarán el dinero y el tiempo libre. Así, no es problema tener mujeres alrededor.

—No quiero esa clase de mujeres. No hablo contigo aquí ahora porque quiera sacar algo de ti. Solo porque me gusta charlar con una chica bonita. Y pasear, bailar si es preciso...

—Entonces bailemos. Y paseemos. Pero no aquí —señaló el local—. Empieza a estar aburrido, Marvin.

—¿Conoces algún sitio mejor? —rio él suavemente.

—Oh, sí. Hay un local encantador, junto al mar. Es como una gran barcaza, a media luz, con mesas discretas... Tiene una plataforma con orquestina, donde se baila. Es delicioso.

—¿Y a qué esperamos entonces?

—Es cierto —ella sacudió la cabeza—. Terminé mi actuación, Marvin. Nada me retiene aquí. Podemos ir a cualquier lugar si tienes tiempo esta noche...

—¿Tiempo? Todo el tiempo es mío. Recuerda que soy un turista...

—Oh, es cierto —rio de buena gana Daisy—. Vamos allá entonces. Te gustará. Yo no lo conocía. Fue Diana la que me habló de ello. Su amigo joven la había llevado allá en dos ocasiones y...

Se detuvo, como pesarosa. Incluyó la cabeza, mordiendo sus labios.

—¿Qué te pasa? —indagó Marvin.

—No debí hablar otra vez de ella. Es mejor olvidar todo eso, pobre Diana...

—Sí, será lo mejor. Lamento que ella terminase así, aunque nunca la conocí. Ese chico debía ser un cabeza loca... Uno de esos muchachos sin oficio ni beneficio, salvo el dinero de sus padres.

El anzuelo parecía bien lanzado. El pez picó, al parecer, por lo que Daisy empezó a decir espontáneamente:

—No, no lo creas. Eso resulta más extraño, porque según me contó Diana, el muchacho, Ronny, le había hecho ciertas confidencias estando ebrio, en ese mismo lugar de que te hablo, precisamente... Confidencias sobre cierto trabajo suyo, muy importante para...

Se detuvo, dejando la frase en el aire. Marvin la forzó, aunque aparentando con alguna dificultad, total indiferencia por el tema.

—¿Importante... para qué? —insinuó.

—Oh, dejemos eso. Ya hablaremos más tarde de todo ello, si realmente te gusta charlar de cualquier cosa que no nos afecte. Ahora, vamos allá, a la barcaza de la bahía...

—Sí, vamos —suspiró Marvin, dejando un billete para la cuenta, y pensando que no iba a ser del todo estéril su visita al Club Legazpi de Manila.

Tomó del brazo a Daisy, y salieron del local alegre, jovialmente. Ya en la calle, bajo la luz de los fluorescentes que pestañeaban, buscaron en vano un taxi, un automóvil libre. No circulaba ninguno en ese momento. Daisy tiró de él resueltamente.

—Ven —le señaló—. Allá encontraremos algo... Por ese pasaje, Marvin. Acostumbran a pasar taxis libres en la otra calle...

Marvin se dejó llevar. Daisy y él entraron en el breve pasaje sin excesiva luz. Solamente llevaban andados por él diez o doce pasos, cuando repentinamente, con un sudor frío, el federal se dio cuenta de que había sido un error adentrarse en él. Un tremendo error...

* * *

—Vamos atrás —susurró de repente, tensa su voz.

Daisy le miró, con ojos de sorpresa.

—¿Qué dices, Marvin? —le preguntó—. ¿Ocurre algo?

Marvin miraba hacia el fondo de la calle, a las dos figuras vestidas de blanco que paseaban por el final del pasaje en penumbra. Parecían dos hombres inofensivos, esperando a alguien. Sí, esperaban a alguien. Pero Marvin estaba seguro de que no eran inofensivos...

—Vamos fuera de este callejón —silabeó Marvin—. Hay peligro...

—¿Peligro? —dudó ella, perpleja—. ¿Dónde?

—Lo presiento. Puede olfatearse en ocasiones, Daisy. No lo entenderías, pero hay peligro aquí, muy cerca... Vamos ya, salgamos de este lugar...

Daisy le siguió, dócil, hacia atrás. Los dos hombres del final del callejón, seguían paseando con aire indiferente. Pero ahora *entraban en el pasaje* resueltamente. Avanzaban hacia ellos.

Marvin tiraba de Daisy, retrocediendo paso a paso, dando la cara a los que venían, pero mirando de reojo a su espalda. No había nadie detrás. Situó a la muchacha tras él ligeramente protegiéndola con su cuerpo.

—No entiendo lo que te sucede, Marvin —se quejó ella.

—Lo entenderás luego. Estoy seguro de no equivocarme...

Daisy, a su espalda, no hizo apenas nada. Solo tocar su escote, donde

un bonito alfiler de brillantes asomaba, como una piña reluciente entre sus pechos. Los dedos femeninos tiraron del alfiler. Se desprendió del tejido de su vestido de seda azul. Era largo, afilado y punzante...

Luego, resueltamente, lo hincó en la espalda de Marvin.

La aguja atravesó el tenue tejido de las ropas del federal. Se hincó brutalmente en su carne, hasta la empuñadura misma de diamantes.

Aulló roncamente Marvin, repentinamente rígido. El impacto profundo de la aguja debió ser terrible. Sus ojos miraron con estupor inmenso a la bonita e inofensiva Daisy, que le contemplaba ahora fríamente, con sus manos crispadas, brillantes los duros ojos que antes fingían suavidad y dulzura.

—Tú... —jadeó Marvin—. Eres tú la que...

Ella sonrió, glacial. Afirmó:

—Yo soy tu ejecutora, sí. Orden de *Dark*, Steve Marvin. El agente americano debe morir. Y vas a morir. Esa aguja tiene veneno, Marvin. Veneno mortal. Ni siquiera puedes hacer ya nada contra mí. Paraliza los músculos en el acto, en cuanto toca la sangre...

Era cierto. Marvin boqueó, tratando de ir hacia ella, de empuñar su pistola... No pudo hacer nada de eso. Se le doblaron las rodillas. Cayó de bruces, dio un vuelco en el asfalto, sin poder gritar siquiera, solo con un estertor ronco entre los labios, repentinamente violáceos y endurecidos...

Daisy le dio un puntapié con su fino zapato de alto tacón, implacable y dura ante la muerte. Los dos hombres se habían parado en medio del callejón, contemplando la escena. Miraron a la dama.

—Está hecho —dijo ella con frialdad—. Id a informar a *Dark*. El federal americano cayó en la trampa. Fue fácil...

Marvin podía oír todo eso desde el suelo. Solo que no podía moverse, solo que sentía subir aquel frío mortal y terrible por su cuerpo, directo hacia su espina dorsal, hacia su cerebro y su corazón. Cuando llegara allí, sería el fin. No sentía el dolor. Los nervios también estaban paralizados por el veneno de la aguja. Solo sentía fracasar así, perderlo todo cuando creía estar más cerca de un rastro, de algo positivo...

Daisy, la chica del club nocturno, era la ejecutora designada por *Dark*. No lo había sospechado. Fue un error. Pensó que podía ser un “gancho”, una compinche a sueldo, pero nunca una ejecutora directa de la Organización.

Ahora, ya era tarde para rectificar nada. Tarde para todo. Era el fin. Su misión concluía... con su muerte.

—Vamos ya —ordenó glacialmente la dama del Club Legazpi—. Esto se ha terminado... Arrancaré la aguja del cuerpo, y nadie sabrá lo que sucedió... ni por qué sucedió. Un turista americano agredido y muerto, eso será todo. Quitadle el dinero, dejad sus ropas en desorden. Eso dará aire de

agresión vulgar de unos ladrones... Yo informaré a la central de Hong Kong. Tsé-Lung espera...

Eran astutos, fríos, endiabladamente sagaces en todo. Marvin les vio venir, desde su inmovilidad mortal, sintiendo que cada vez veía más borrosamente las cosas, sabiendo que la muerte llegaba a pasos agigantados hacia él.

Luego, de repente, vio también a Allen Logan, el americano fugitivo del FBI.

CAPÍTULO IV EXTRAÑO LEGADO

C

UIDADO! —chilló Daisy—. Viene alguien...

Los dos hombres se volvieron bruscamente. Uno de ellos, armado de una afilada navaja. El otro, empezó a extraer su automática de un bolsillo.

El hombre que llegaba, era como un huracán. Entró en el pasaje con paso largo y flexible. Al ver al grupo, convirtió su paso en zancada, y luego en una zambullida vertiginosa.

Cayó sobre ambos individuos de traje blanco y rostro oriental. No tocó su navaja ni su pistola. No les desarmó por procedimientos habituales. En vez de eso, sus dos manos anchas, nervudas y duras, aferraron las cabezas grasientas de los filipinos.

Fue como un raro, escalofriante juego de billar. Los hizo chocar entre sí brutalmente, con estruendo de cocos vacíos. Los dos se tambalearon, como ebrios, incapaces de manejar su arma respectiva. Oscilaron ante Allen Logan, el alto americano de rostro barbudo y rubio cabello.

Este dejó de ocuparse de los dos hombres que, como peleles, habían perdido sus armas en el asfalto, donde pistola y arma blanca rebotaron sordamente.

Luego, los ojos de acero de Logan se clavaron en Daisy. Sabía que ella era la más peligrosa. Algo, quizás su frío instinto, se lo había dicho. O su presentimiento, su conocimiento de ciertas gentes, fuese cual fuese su honorable apariencia...

—Puerco americano... —silabeó Daisy, ya con la pequeña cerbatana, un tubo que parecía labial simplemente, para contener *rouge* vulgar, apoyado en sus labios.

Logan no se engañaba con las apariencias. Sabía que eso era un arma, porque el zigzaguar violentamente, en su carrera hacia ella, vio cómo la dama le seguía con el zigzaguo de su cabeza y de su aparente lápiz de carmín labial. Le estaba encañonando con él...

Brincó inesperadamente, en otra zambullida inverosímil. Disparó entonces la cerbatana. Silbó, maligna, la aguja afilada, no lejos de su rostro, perdiéndose en la calleja, a su espalda. Sonó un grito ronco, casi un aullido. Alguien había recibido el arma mortífera a él destinada. Alguno de los esbirros de Daisy...

Logan cayó sobre la muchacha. Descargó su mano rotunda contra el cuello de la muchacha, ya cuando ella volvía a intentar el soplido fatal, a bocajarro, sobre el joven vagabundo americano.

Fue un impacto con el dorso de su mano en la garganta misma, sobre la nuez. Era un golpe desesperado, aunque frío y seco, del hombre en trance de morir o matar. Si dejaba un solo instante más de respiración a Daisy, ella le hincaría con su soplido la aguja en el rostro. Agujas envenenadas, estaba seguro.

Así, cortó en seco su respiración, su aliento. Y su vida también. Era un golpe de *karate* realmente mortal. Y Logan lo sabía cuando lo utilizó.

Daisy cayó a sus pies, escapando de sus labios sin aliento el temible tubo lanza-agujas. Se vidriaron sus ojos, se ladeó su cabeza, como si el cuello fuese de trapo. Volteó por el suelo, no lejos de su víctima, el infortunado Marvin, cuya mirada rígida se fijaba en todo, moviéndose febrilmente en sus órbitas, pero totalmente inmóvil el resto del cuerpo...

Allen se volvió sin esperar a más, cuando ya el último de los atacantes, el superviviente oriental, trataba de disparar sobre él, con el arma recuperada del suelo. Junto a sí, yacía el otro hombre de traje blanco, rígido y sin vida. La aguja de Daisy había encontrado víctima, después de todo. Pero no la que ella eligió...

Allen se precipitó al suelo vivamente. La bala pasó sobre su cabeza, y retumbó la acre detonación en la calleja. Mientras todo eso sucedía, apenas en un segundo, el cuerpo de goma del americano brincó de forma insólita hasta el agresor. En el suelo estaba el arma blanca, la navaja del otro oriental. Los dedos de Allen Logan la aferraron y dispararon hacia lo alto, desde el suelo mismo, en décimas de segundo.

El segundo disparo del oriental jamás salió del arma. La navaja, la ancha hoja de acero, penetró brutalmente en su vientre. Perforó ropas, tejidos... El hombre aulló, convulsionado, lleno de horror. Soltó el arma, se llevó las manos al punto donde vibraba aún la tremenda pieza de acero, asomando su empuñadura solamente.

La sangre corría copiosa entre sus dedos. Él se aferró, crispado, cayendo contra el muro, donde se revolvió, jadeante, chillando de dolor.

Allen Logan resopló, incorporándose. Miró a Marvin, corrió hacia él, se arrodilló a su lado.

Encontróse con un rostro lívido, tirante, cercano a la muerte. El federal estaba en la frontera misma de las tinieblas. Se encontró con sus ojos vidriosos pero aún inteligentes y serenos.

—Ella, Daisy... lo hizo —susurró Marvin—. Una aguja... venenosa... Ella era... ejecutora de *Dark*...

—¿*Dark*? —arrugó el ceño Logan. No intentó mover a Marvin, ni hacer cosa alguna con él. No haría sino causarle acaso daño, acelerar su muerte. No había nada que hacer en favor del compatriota—. No entiendo, Marvin...

—Escucha, Logan... Ella servía a *Dark*... Todos servían a *Dark*...

Mataron a Ebsen, al hijo de Bruce... Son traficantes... de drogas...

—Entiendo. ¿Es eso lo que te trajo a Manila, Marvin?

—Sí... Toma mis documentos... En el tacón del zapato izquierdo, un hueco... Microfilms con historia del caso, con datos... Logan, gracias por... por eliminar a mis agresores. Yo... yo estoy muerto ya... lástima, no poder... no poder terminar la tarea...

—Siento no poder hacer nada por ti —susurró Logan—. Lo haría, aun corriendo el riesgo de que me arrestaras, Marvin. Pero no puedo. No puedo, enténdelo...

—Entiendo, sí... —se debilitaba la voz de Marvin por momentos. Algo, una luz rara, un destello de astucia brilló allá, al fondo de sus pupilas—. Logan, tú... tú podrías... Nadie me conoce en Hong Kong... Tengo todos los datos en esos microfilms... Mis documentos te servirían... Logan, tú... podrías ir... como si fuese yo... Cuartel general... está en Hong Kong... Daisy dijo que Tsé-Lung esperaba informes de sus agentes... sobre fin agente americano... Tsé-Lung... Hong Kong... Logan, tú eres listo, fuerte... Hubieras sido... un gran agente... un gran agente federal... amigo...

Se quedó así, boquiabierto, con mirada de vidrio. No hablaba más. Ni lo haría ya nunca. Era el fin.

Logan se sentía confuso, aturdido. Pero algo le incitó a decir impulsivamente lo único que en ese momento podía confortar al federal, permitirle morir en paz, esperanzado en algo que iba más allá de su propia muerte.

Y se lo dijo con voz ronca:

—Estate tranquilo, Marvin, viejo zorro... —musitó Allen Logan—. Te prometo ir a Hong Kong... y terminar con todas esas ratas... Palabra de Allen Logan... Yo haré lo que te quedó a ti por hacer... amigo...

Y oprimió sus dedos fríos, yertos, con fuerza y vigor. Casi con emoción.

Steve Marvin quiso sonreír. No lo logró. Pero murió con la intención de esa sonrisa imposible ya para sus helados, inmóviles labios. Murió seguro de que había dejado su legado a alguien. Alguien que lo continuaría a su modo.

Lentamente, Allen se puso en pie. Miró pensativo al final de la calleja. Oyó silbatos policiales lejanos. Los agentes filipinos llegarían en un momento, atraídos por alguien que debió informar sobre el ruido de un disparo.

Volvió a inclinarse, rápido. Quitó a Marvin su billetero. Lo guardó rápido. Luego, un arma, una 38, reglamentaria en el FBI. Unos pequeños binoculares de gran potencia visual. Giró el tacón izquierdo del calzado de Marvin. Halló una bolsita plástica con microfilms dentro. La guardó en el forro de su sombrero blanco, pulcro a fuerza de lavados.

Se irguió ya definitivamente, tras bajar los párpados al infortunado Steve Marvin, el hombre del FBI enviado a Asia por sus jefes, para combatir a *Dark*, la oscura asociación criminal del mundo de los estupefacientes...

—Adiós, mi cordial enemigo —susurró—. Creo que, en el fondo, siempre fuimos buenos amigos y nos respetamos mutuamente...

Le hizo un gesto como de saludo castrense. Luego, se alejó a la carrera, brincó a un muro, reptó por él, escalándolo hábilmente hasta la azotea. Cuando la policía de Manila llegó al pasaje, Allen Logan estaba ya lejos, fundido con la oscuridad de la noche filipina.

* * *

—Me matarán por esto, Logan... Es un delito horrible... Me encerrarán toda la vida en una celda...

—No lloriquees más, Caderas —atajó Logan con brusquedad—. Y termina de hacerlo pronto tú, o te romperé los huesos y entonces te lamentarás con motivo.

—Pero Allen, nada menos que... que falsear un documento federal... —sollozó Cadenas, exasperado.

—No falseas ningún documento federal, idiota. Solo cambias una fotografía y retocas un sello, ¿no es cierto?

—Es suficiente para que los americanos me envían a la cámara de gas si me echan la mano encima, Allen. Date cuenta del riesgo que corro...

—Hiciste mil chapuzas peores en tu vida, majadero —se irritó Logan—. Termina eso de una vez, y procura que resulte bien. Todo lo bien que tus torpes manos pueden hacer algo. Lo necesito enseguida. Y olvídate de tus temores. Nadie va a saber nunca que lo hiciste tú.

—Si eso fuera cierto... —volvió a lloriquear Cadenas, el bribón falsificador a quién Logan había acudido.

—Lo es, maldito comediante. Todas esas lágrimas tuyas vas a cobrármelas a peso de oro, lo sé. Pero te conformarás con lo que yo te dé. Aunque alguien me legó su dinero, no soy millonario, ni mucho menos...

Y sonrió vagamente, pensando de forma piadosa en el infortunado Marvin. Sus cientos de dólares estaban ahora en su poder. Su billete de avión a Hong Kong, sus documentos, sus informes secretos del FBI, en microfilms especiales... Todo era suyo ahora. Legado personalmente por el propio Steve Marvin. Legado junto con una misión absurda, que un fugitivo de la Ley tendría que ser el último en intentar.

Pero Allen Logan no era un fugitivo vulgar. Ni un hombre vulgar en nada absolutamente. Marvin había sabido siempre eso. Y ahora, un reclamado por el FBI norteamericano, iba a ser el agente federal Steve Marvin, más allá de la propia muerte.

Cadenas terminó su tarea. Logan le tiró un billete de cien dólares y salió del cubículo situado en los suburbios de Manila, sin atender lo más mínimo a sus sollozos, sus quejas, sus gritos de condolencia, al sentir que “iba a ser trasladado a Norteamérica, para su ejecución en la silla eléctrica, por solo cien cochinos dólares...”.

Los lamentos de Cadenas se perdieron en la distancia, y Allen Logan, con ropas nuevas y sin barba en su rostro, llamó a un taxi y le dio una dirección.

Iba a hacer una visita a un individuo cuyas señas había procurado averiguar en aquellas primeras horas de la mañana siguiente a la muerte violenta, en un pasaje de Manila, de un hombre llamado Steve Marvin.

Iba a ver personalmente a “Lince” en su madriguera...

* * *

Era tarde. Un poco tarde solamente.

Aún estaba caliente. Pero empezaba a enfriarse.

Allen Logan no lloró ante el cadáver. Se limitó a contemplarlo. “Lince” parecía más enjuto, más ratonil y miserable visto así, inmóvil en su lecho, con el cuello cortado de lado a lado, y una hermosa navaja barbera en su mano derecha, fuertemente aferrada, sangrante su ancha hoja de acero afiladísimo.

Había dinero caído en el suelo, sobre la mesilla, en la propia cama ensangrentada. Dinero americano, billetes usados, de cinco dólares. Había bastante dinero. Y botellas de licor vacías. Y un tubo con aspirinas ya vacío. Y una bolsita abierta, conteniendo la mitad de su dosis de morfina en polvo.

“Suicidio”, diría la policía de Manila escuetamente, cuando hallaran a “Lince”.

“Asesinato”, decía Logan para sí, contemplando la escena. *Dark* había eliminado a un servidor ocasional, quizás peligroso para ellos en lo sucesivo.

Se inclinó Logan sin ningún escrúpulo, y empezó a apilar billetes de cinco dólares. Cuando hubo reunido casi el centenar, los guardó en un bolsillo con perfecta sangre fría. Miró de soslayo al muerto. Nunca imaginó que una rata como “Lince” tuviera tanta sangre en sus venas.

Tomó de la mesilla unas gafas solares de vidrios verdes. Sonrió, descubriendo la ruedecilla giratoria simulada en su montura. Imaginaba lo que eran esas gafas, porque su vista era excelente y le dio el apodo por el que todos le conocieron en vida. El apodo mismo con el que había muerto allí, oscura y brutalmente, a manos de algún ejecutor de *Dark*.

Salió lentamente Allen de la vivienda miserable de “Lince”. Contempló, pensativo, un teléfono en la calle, en una cabina pública.

Meneó negativamente la cabeza. No, no debía telefonar. No era lo indicado. La línea de Bruce Ebsen podía estar intervenida por la policía. O por *Dark*...

Optó por encaminarse al centro de la ciudad con paso lento. Solo se detuvo en un bar, tomó una cerveza helada que calmó su sed, y escribió algo en una cuartilla. La metió en un sobre, humedeció la goma de este, cerrándolo, y escribió un nombre en su exterior:

BRUCE EBSEN — PERSONAL Y URGENTE.

Solo eso.

* * *

Ebsen releyó con asombro el texto de aquel escrito anónimo:

“SI REALMENTE ESTIMÓ A STEVE MARVIN, SILENCIE SU MUERTE. NO IDENTIFIQUE SU CADÁVER COMO TAL. DIGA QUE NO LO CONOCE EN ABSOLUTO.

MARVIN ME LEGÓ SU MISIÓN. VOY A CONTINUARLA. SU REVELACIÓN SOLO LOGRARÍA DIFICULTARLA. PIENSE EN SU HIJO ASESINADO. Y EN EL PROPIO MARVIN. VALE LA PENA AYUDARME CON SU SILENCIO. GRACIAS, EBSEN. TENGO FE EN USTED. POR MARVIN, AL MENOS.

STEVE MARVIN II”

La firma era un rasgo de humor negro. Ebsen, perplejo, guardó el escrito en su bolsillo. Miró atentamente al jefe de policía de Manila, que esperaba pacientemente en la salida de su despacho.

—¿Algo malo, Ebsen? —indagó, refiriéndose a la nota recién entregada al funcionario de las Naciones Unidas por un muchacho recadero.

—No, nada... Simplemente unas facturas sin importancia... —suspiró Ebsen, pensativo. Sonrió, algo forzado—. Vamos a ver a ese hombre muerto... Pero estoy seguro de que no lo conoceré a pesar de ser compatriota mío. Solo conozco a un turista americano llamado Marvin... y ese creo que sale en vuelo ahora, con destino a Hong Kong.

CAPÍTULO V

HONG KONG

E

El avión de la TWA redujo algo su altitud. Allá enfrente, las costas se dibujaron como manchas ocres en el azul del mar y del cielo. Había neblina ligera, de un gris también azulado.

—Detrás de esa neblina está Hong Kong.

Se volvió el viajero, sorprendido. Miró a su compañera de asiento. Era la primera palabra que la oía decir desde que emprendieran el vuelo en el aeropuerto internacional de Manila.

La joven de cabello oscuro y ojos profundos había dejado de leer atentamente su revista de modas. Le miraba con fijeza ahora, como esperando una respuesta.

—Es cierto —afirmó él—. Hong Kong está ya ante nosotros. La fascinante puerta de Oriente, señorita...

—El tópico siempre suena bien en estas tierras. Tiene algo de poético. ¿No es cierto, señor Marvin?

Se estremeció el pasajero levemente. Pero se mantuvo firme, sereno. Enarcó las cejas, contemplando a la joven.

—¿Nos conocemos acaso? —se interesó.

—No —rechazó ella—. Jamás nos vimos usted y yo antes de ahora.

—Entonces no comprendo... —la mente del viajero trabajaba intensamente, pero en vano.

—Mi nombre es Audrey. Audrey Roland. ¿Eso le dice algo?

Sí, eso le decía algo. Suspiró, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Audrey Roland... Sí —afirmó—. Eso me dice algo. Bruce Ebsen, un buen amigo de Manila, me habló de usted. Era... era...

—La prometida de su hijo Ronny. Sí, esa soy yo, señor Marvin.

—Siempre se dice por cumplido que es un placer, y todas esas cosas —rio entre dientes él—. Pero esta vez será una frase sincera, señorita Roland. Es muy grato conocerla a usted, la verdad.

—Gracias, señor Marvin. Agradezco sus palabras.

—Pero sigo sin entender cómo me conoció...

—Vigilé las salidas de aviones, es todo. Tengo una amiga en las oficinas de la compañía aérea. Cuando se reservó pasaje en avión a Hong Kong, a nombre de Steve Marvin, me avisó. Era lo convenido.

—Ya —la contempló, estupefacto—. ¿Y puede saberse por qué, jovencita?

—No obro caprichosamente. Soy de familia acomodada pero nunca fui

una niña malcriada, puede crearme. Por el contrario, obro serena y fríamente al actuar así, señor Marvin.

—Pues sigo sin entenderlo del todo. ¿Le gusta Hong Kong? Porque si no me vio jamás... yo no podía ser la causa de este viaje.

—Pues lo es. Usted, señor Marvin.

Pestañeó él, desorientado. La audacia y serenidad de la joven lograban desconcertarle en gran manera.

—Sigo sin ver claro nada de esto.

Ella se inclinó. Habló a flor de labio:

—*Sé quién es usted* —dijo.

El hombre que viajaba con el nombre de Steve Marvin sintió un raro cosquilleo helado en la espina dorsal. Esa insinuación susurrada por Audrey Roland, podía significar mucho. No se aventuró él en absoluto:

—Sí, ya lo vi...

—No me refiero a eso.

—¿No? —la situación se ponía difícil. Incómodo, miró atrás. Un hombre gordo, con aire de holandés, dormía beatíficamente. Una dama de pelo blanco y lentes con montura de oro, hojeaba un libro voluminoso.

—No tema. Nadie nos oye —musitó ella. Y su dedo, su uña, rascó una página de su revista de modas. Él observó lo que trazaba. Tres letras solamente: FBI.

Audrey esperó reacción por parte de su compañero de viaje. No la hubo. Y Hong Kong se veía ya en la distancia. Se recomendó a los pasajeros que se ajustaran los cinturones de seguridad. El luminoso prohibiendo fumar se encendió al fondo de la larga cabina de pasaje.

—¿Me ha comprendido, señor Marvin? —inquirió ella.

Él afirmó con la cabeza, sin pronunciar palabra. Luego, dobló la revista de la joven y la guardó consigo, sin que ella protestara.

—¿Cómo lo supo? —fue su pregunta.

Ella se echó a atrás en el asiento, y cerró los ojos, con un suspiro. Habló sin despegar los párpados:

—Ronny hablaba mucho. A veces, demasiado. Tal vez eso le perdió... Me dijo una vez lo que hacía con su padre. Yo fingí no enterarme. Comprendía que era mala cosa andar difundiendo cosas así. También habló de usted...

—¿De mí?

—Su padre le esperaba. Me dijo quién era en realidad, a qué venía... Yo le reproché que hablara de cosas así. Yo era su prometida, pero igual podía hablarlo con otra persona, alguien que pudiera... traicionarle.

—Es cierto. Incluso usted podía ser ese alguien.

—¿Yo? —se irguió asombrada, abriendo muchos sus ojos—. Señor Marvin, me está ofendiendo con esas palabras. Yo no...

—Está bien. Solo dije lo que podía ser —hizo un gesto conciliador el pasajero—. Después de todo, alguien le traicionó, de modo que usted tuvo razón. Y él debió confiar en esa persona...

—Ronny confiaba demasiado en todo el mundo. Especialmente, en unas faldas... y en todo lo que hay con unas faldas.

—Sí, algo sé sobre eso. Bruce me contó los retalles... Debió ser un mal trago para usted, pero debe disculparle. Era joven, loco... Todos los hombres, en el fondo, somos iguales. No por eso la querría menos.

—No diga tonterías. Ronny no me quería en absoluto. Le era indiferente —habló con amargura la joven—. Y yo misma no sé exactamente si le amé o no, pero sí sé que me ha dolido su modo de morir. Sé que me ha enfurecido un crimen tan feroz, tan vergonzoso y cruel. Por eso estoy aquí ahora.

—No lo entiendo bien. ¿Qué va a hacer en Hong Kong?

—Aún no lo sé. Pero si usted va allí... es que allí está la clave de todo. Es algo de lo que me contó Ronny, señor Marvin. De modo que no le dejaré ir solo. Yo estaré en Hong Kong. Yo buscaré también mi oportunidad de vengar a Ronny, de hacer algo en su memoria...

—Lo mejor que hubiera podido hacer en ese sentido, es quedarse en Manila —le reprochó él acremente—. No voy a ayudarla en absoluto en sus intenciones, créame. Esto no es asunto para una mujer. Y menos para usted...

—Es su criterio. Yo tengo el mío —manifestó ella con arrogancia.

—No sea chiquilla. Es un asunto terrible. Hay gentes que no vacilan en nada —hablaba en voz tenue, confidencial—. Hombres e incluso mujeres, con armas mortíferas, dispuestos todos a extender el muro de silencio en torno suyo...

—*Dark* no me asusta. Nadie me asusta.

—*Dark*... —miró él en torno. Todo parecía igual entre los pasajeros. Pero no podía fiarse de las apariencias. Si alguien espiaba, no lo haría abiertamente. Eran demasiado astutos para ello—. No debe citar nombres así, señorita Roland. No debe hacer nada de cuanto está haciendo y trata de hacer. Es un error tremendo. Esto no es juego. Y si lo es, el único premio final puede ser la muerte.

—La muerte tampoco me asusta.

—Ni a mí, criatura. Pero es ridículo arriesgarla por nada. Eso es lo que haría usted siguiendo este disparate. No tiene la menor posibilidad. Cometerá errores, atraerá sobre sí la atención de los asesinos de Ronny. Pensarán que les estorba. Y tratarán de liquidarla. Lo más probable es que si lo intentan, lo consigan. ¿Qué habrá resuelto con ello, en ese caso?

—Lo pone usted muy feo. No me importará morir, si con ello consigo algo que permita a la Ley caer sobre esa gente...

—Para eso hay otras personas en el mundo, créame. Usted ha perdido a su prometido. No sabe si le amaba locamente o no, pero sí sabe que está dolorida y furiosa. Quiere vengarse por sus propios medios, frente a una organización poderosa y cruel. Eso no tiene sentido, vuelva a casa, trate de fijarse en otro muchacho, como cualquier chica normal, olvide a Ronny lentamente... y volverá a ser feliz un día, esté segura.

—Le agradezco sus consejos —replicó ella fríamente—. Pero no podrá usted impedirme que resida en Hong Kong. Y que obre a mi modo.

Suspiró él, abatido. Sacudió la cabeza.

—Obstinada —gruñó—. Obstinada y tonta de remate. Eso es lo que es usted, jovencita.

Ella irguióse, adelantando su barbilla con resolución. Los oscuros ojos relampaguearon con ira.

—Gracias, señor Marvin —silabeó—. Es muy amable por su parte... En lo sucesivo, procuraré no coincidir con usted para nada. Pero es muy posible que cada uno por su lado, sea yo quien llegue más lejos.

—Seguro —rio él—. Llegará antes al infierno, Audrey Roland.

—O al éxito.

—No sabe lo que dice. Solo conseguirá complicar las cosas...

—Esperaba que fuese usted comprensivo y entendiera. Veo que todo es inútil, señor Marvin. Le deseo suerte en su viaje de turismo.

—Igual le digo, aunque me temo que no sea posible.

Ella le hizo un gesto despectivo y se encerró en un hosco silencio.

Cuando tomaron tierra en Hong Kong, se mantuvo en ese mutismo, y ni siquiera se despidió de él, al alejarse de la aduana, con su maleta revisada por las autoridades de Hong Kong.

El hombre que viajaba con el nombre de Steve Marvin, turista norteamericano en viaje de recreo, se quedó atrás en el aeropuerto internacional. Recogió su propio equipaje y echó a andar resueltamente hacia la salida.

Cerca de ella, una mujer le retuvo bruscamente.

—Bienvenido a Hong Kong, señor Marvin —le saludó.

La miró, sorprendido. Era pelirroja, esbelta y muy atractiva. El traje sastre, color malva, le sentaba maravillosamente bien. Tenía ojos irónicos agudos tras sus gafas de cristales ligeros y montura moderna y estilizada. Y boca muy carnosa y roja, que sonreía con cierto aire entre burlón y malicioso. Lo sobrio y correcto de su indumentaria, no impedía que el tejido dibujase los contornos de unas caderas suaves pero sugestivas, un busto juvenil y arrogante, y unas bonitas piernas, con falda bastante corta, en el inicio de sus lindos muslos.

—Gracias —dijo él, desconfiado—. ¿Quién es usted?

—Soy sencillamente la secretaria y colaboradora de su buen amigo, el

señor Leonard Dern. Mi nombre es Arlene. Arlene Tyler exactamente, y no soy americana, sino canadiense. Pero he vivido muchos años en los Estados Unidos y disfruto de la confianza absoluta del señor Dern. Espero gozar también de la suya...

Se inclinó el viajero recién llegado, con absoluta cortesía, pero sin comprometerse a nada. Arlene le dijo después, tratando de tomar su maletín:

—Venga, por favor. Tengo mi coche afuera, esperando. Le llevaré a casa del señor Dern enseguida...

Él la siguió, pero en completa tensión, alerta por todos sus poros y sentidos. Cuando subió al descapotable rojo, deportivo, sin capota encima, respiró con cierto alivio. Parecía ir sola la dama pelirroja con él. Pero aun así no podía confiar demasiado. Ni en ella, ni en nadie. Solo confiaba en sí mismo, que era el único modo de no correr riesgos inútiles.

Leonard Dern, agente federal de los Estados Unidos delegado en Hong Kong como supuesto comerciante, era uno de los nombres que figuraban en los documentos secretos de Steve Marvin como hombre de absoluta confianza para el FBI y para los Servicios de Inteligencia.

Pero nadie le había hablado aún de Arlene Tyler, la bonita y pelirroja secretaria que acudiera a recibirle.

—Me pregunto cómo logró reconocermé entre todos los pasajeros —señaló Steve Marvin sonriente, junto a la pelirroja.

Ella se encogió de hombros, conduciendo jovialmente a través del tránsito de la ciudad, camino del centro de Hong Kong.

—No era difícil —señaló—. El señor Dern hace bien las cosas. Recibió fotocopias de Washington con sus datos. Sabe bien cómo es usted.

—¿Solo por los datos? —recalcó él, en guardia, pero fingiendo total indiferencia por su pregunta.

—Bueno, no solo por eso —aceptó ella, riendo, mientras manejaba el volante con envidiable destreza, como una consumada automovilista—. En realidad, Washington envió también una fotografía suya como material adicional para mi jefe... Yo la observé y vi que era usted al descender del avión...

No dijo nada él. Pero su mente trabajaba ahora fría, desapasionadamente: *una fotografía*. Una fotografía de Marvin enviada por Washington.

Era posible que la hubiese enviado, aunque no probable. Pero si era así, Arlene Tyler no la había visto jamás y estaba mintiendo. Porque Washington enviaría, en todo caso, la fotografía del *auténtico* Steve Marvin, pero jamás la de un fuera de la ley llamado Allen Logan, perdido en los trópicos...

El automóvil continuaba su ruta. Se desvió de los accesos al centro urbano, cerca ya de los muelles, y tomó por una carretera exterior costera. Él la dejó hacer.

Solamente actuó cuando los edificios quedaron atrás y empezaron a aparecer factorías, zonas despobladas y cercados de alambre en torno a recintos industriales.

—¿Este es el buen camino para ir a ver a Dern? —inquirió.

—Por supuesto —sonrió ella, volviéndose hacia él—. Mi jefe le espera en su finca de...

Enmudeció Arlene, la pelirroja belleza que le diera la bienvenida en el aeropuerto de Hong Kong.

El cañón de la pistola de Allen Logan acababa de hincarse en su barbilla, bajo el mentón. Y los ojos del viajero recién llegado, eran fríos como el hielo y duros como el metal, cuando se fijaban en ella a tan corta distancia.

—Frene esto suavemente, pequeña —avisó con voz cortante el viajero—. Si intenta algo, no me importará irme al diablo con usted, apretando el gatillo cuando me obligue a ello...

Arlene pestañeó. Pareció darse cuenta de que hablaba en serio, y redujo la velocidad paulatinamente, hasta detener el coche con un chirrido, junto a una larga cerca de ladrillos, cerca de unas rocas donde rompía el mar, lejos de la zona urbanizada y céntrica de Hong Kong.

—No entiendo lo que le pasa, Marvin —habló ella secamente—. ¿Qué piensa que voy a hacerle yo, una mujer?

—Cualquier cosa que no sea buena —replicó él—. Usted no me lleva a ver a Dern. Usted no vio jamás mi fotografía. Me espió en la aduana, eso es todo, y supo quién era yo.

—¿Estás loco?

—Algo, pero no tanto como para fiarme de una bonita pelirroja llena de persuasión, jovencita. Usted pertenece a *Dark*.

Ella entornó los ojos glacialmente. Luego, de súbito, se llevó una mano al cabello, junto a su oreja. Relampagueó el remache brillante de un bonito alfiler de peinado.

Y lo disparó con mano virulenta, contra el rostro mismo del falso Steve Marvin...

Steve no vaciló lo más mínimo. Pegó contra el mentón de ella con la pistola, en forma brutal, al tiempo que brincaba al asiento posterior del deportivo, eludiendo el alfilerazo mortal. Vio cómo se hincaba la aguja en el respaldo del asiento, movida por la mano febril de la pelirroja.

No la dejó sacar de nuevo la púa mortífera que adivinaba. Alzó su mano armada y la dejó caer brutalmente contra el codo de la joven. El chasquido del hueso le dejó indiferente, así como el chillido de dolor de

ella.

Su brazo colgó flácido, lejos ya de la aguja hincada en el tapizado del coche. Lívido el rostro, miró con furia a Logan y le escupió al rostro un insulto obsceno y horrendo.

—Se terminó la burla, jovencita —dijo él rudamente—. Vamos a ver de verdad al señor Dern, para que me diga quién diablos puede ser usted... Es posible que logremos saberlo, después de todo.

—Nunca sabrán nada, puercos —silabeó ella—. Nunca...

—Está en un error —la sonrisa de Logan era lobuna. Había escudriñado las cercanías. No les seguía coche alguno, ni eran vigilados desde parte alguna—. Tengo métodos persuasivos para cualquiera, incluso para una muñeca irascible y feroz como usted...

—Eso es lo que creen —replicó la mujer con altivez—. Vea qué fácil es burlar a los policías, a la maldita Ley...

Hizo algo sencillo. E inevitable. Chascó sus dientes, que rechinaron agriamente. Logar supo enseguida de qué se trataba, y le pegó de lleno en los dientes y labios con el revés de su mano, para obligarla a abrir la boca.

Ella lo hizo, pero estérilmente ya. Entre sus dientes fluía algo, un licor verdoso, como hiel disuelta. Y ella sonreía, feliz, con una rara expresión en sus ojos repentinamente vidriosos.

—Ya está hecho —afirmó, victoriosa—. Nadie me arrancará una palabra jamás...

Cayeron fragmentos de vidrio o plástico de entre sus dientes. La cápsula de veneno adherida a su boca había dado resultados. La pelirroja rodó en el asiento y quedó hecha un ovillo a los pies de Logan.

Se inclinó. Tocó su cuello, buscó su palpitación. Un hilillo verdoso fluía de su boca convulsa. No halló nada vivo en aquel cuerpo.

—*Dark* y sus siervos... —masculló Logan, sombrío—. Prefieren morir a revelar algo a los demás...

* * *

Era allí. El latón bien bruñido lo decía con letras anchas, visibles:

“LEONARD DERN — COMERCIO EXTRANJERO”

Un rótulo híbrido para una actividad oscura. Cualquier cosa era válida. Dern sabía comerciar. Y sabía servir al FBI en el extranjero. Era un agente con prestigio, a juzgar por las notas de Marvin.

Logan se detuvo ante la puerta. Pulsó el timbre y esperó.

Tras unos segundos, abrieron la puerta. Una dama apareció en el umbral.

—¿Qué desea, señor? —inquirió en correcto inglés.

Logan estudió su rostro apacible, sus cabellos oscuros, su aire correcto y profesional.

—Hablar con Leonard Dern —dijo—. Mi nombre es Marvin. Steve Marvin.

—Bien, pase —indicó ella, haciéndose a un lado—. El señor Dern le esperaba.

Entró Allen. Ella cerró la puerta. Le señaló hacia el fondo.

—Siga, por favor —indicó—. La puerta del final...

Allen avanzó resueltamente. Estaba a medio camino cuando la voz de la dama sonó tras él.

—Un momento. Vuélvase, por favor, señor Marvin...

Se volvió. Ella estaba erguida frente a él. Le encañonaba con una automática provista de silenciador.

—¿Qué significa...? —comenzó Allen, sintiéndose sorprendido por vez primera, donde menos esperaba el peligro.

—Significa que si me obliga a ello dispararé, señor Marvin —avisó ella glacialmente. Y la tensión de su dedo en el gatillo dio a entender que estaba perfectamente dispuesta a cumplir su amenaza.

—Esto no tiene sentido. ¿Quién es usted?

Ella le respondió, sin la menor vacilación en su voz:

—Soy Arlene Tyler, secretaria del señor Dern. Y usted NO ES Steve Marvin...

CAPÍTULO VI

“DARK”

H

A sido un buen susto... —resopló Allen Logan, dejándose caer en el asiento.

Leonard Dern, grueso y saludable, de vivaces ojos azules, se echó a reír con jovialidad, entrelazando sus dedos gordozuelos y mirando con ironía a su visitante.

—La culpa fue totalmente suya, Marvin —le reprochó—. Olvidó la frase de contraseña, y mi secretaria es sumamente desconfiada, afortunadamente para todos. Se limitó a obedecer mis indicaciones.

—Si no llego a recordar entonces que no había recitado la frase “Hace un día espléndido en Hong Kong”, que me señalaron en Washington para mi visita a ustedes, seguro que ella dispara.

—Seguro —rio ahora Arlene Tyler, la auténtica Arlene Tyler, secretaria de Dern—. Con *Dark* no podemos fiarnos lo más mínimo. Usted ha tenido su propio ejemplo de lo que digo, al tener que enfrentarse, apenas pisó Hong Kong, con una falsa Arlene Tyler que quería llevarle sin duda a una emboscada de muerte.

—*Dark* trabaja aprisa y bien —señaló el falso Marvin—. Y lo peor es que conocen mi identidad, mi misión aquí...

—Ellos lo saben casi todo, Marvin. Y el secreto que pudiera haber en su caso, lo estropeó aquel mozalbete de Manila, Ronny Ebsen. Si él no hubiera hablado de más en tantas ocasiones...

—¿Está probado ya que Diana Bradley, su amante, era agente de...?

—Sí, está casi probado. Diana Bradley estuvo antes en Hong Kong, y desapareció cuando yo iba a investigar su vida. Era adicta a las drogas que ellos mismos venden al mundo entero. Seguro que era miembro de *Dark*.

—Y la sacrificaron junto con Ebsen *júnior*...

—Así son ellos. Implacables con sus propios servidores. Cae quien conviene que caiga, sea quien sea. Es terrible enfrentarse a seres así. Nadie habla por miedo. Y los que se atreverían a hacerlo, son rápidamente exterminados. Así es *Dark*, y así son nuestros adversarios, Marvin. Usted mismo, vive de milagro, estoy seguro. Y deberá continuar con igual recelo hacia todo el mundo, si quiere seguir con vida.

—Descuide, así pienso hacerlo —el falso Marvin miró de soslayo a Arlene—. Lo que me sorprende es la presencia de su secretaria... Creí que no tenía a nadie con usted, nadie más que cooperase con el FBI. Dern...

—Y así es —Arlene Tyler se echó a reír—. Mi nombre clave, amigo

Marvin, es S-60, y mi destino Singapur. Mi nombre real, Marjorie Lodge. Arlene Tyler es nombre ficticio.

—S-60... M. Lodge, el agente de Servicio de Inteligencia en Singapur... Una mujer, ¿eh?

—Servimos tan eficazmente como los hombres —sonrió ella—. Y sospechan menos de nosotras.

—Sí, es posible. ¿Qué hace aquí, en Hong Kong?

—Hemos sabido lo mismo que usted supo en Manila, Marvin: el cuartel general está aquí. Y *Dark*, el jefe, también.

—¿El jefe?

—Hay una cabeza invisible en todo esto, alguien que rige la organización. Ese alguien está en Hong Kong, seguro. Así nos informó un prisionero en Singapur, un miembro de *Dark* sometido al efecto del “suero de la verdad”. Eso no impidió que luego se matase, al recobrar el conocimiento. Pero ya había revelado que en Hong Kong estaba el centro nervioso de *Dark*. Estamos luchando intensamente por localizarlo, Marvin.

—Yo conozco un dato más: Tsé-Lung...

—¿Tsé-Lung? —se sobresaltó Dern—. ¿Está seguro?

—Sí. ¿Quién es él?

—Un importante ciudadano de Hong Kong. Tiene la mejor tienda del barrio comercial. Antigüedades, juguetes, miniaturas, libros antiguos, pergaminos, objetos decorativos de Oriente... Exporta a todo el mundo y... ¡Cielos, Marvin!

—Veo lo que piensa —sonrió fríamente Allen Logan—. Juguetes, antigüedades, objetos de ornamentación de Oriente, libros o pergaminos... Procedimientos todos muy eficaces para introducir la droga en todas partes... Sí, Tsé-Lung es la clave de Hong Kong. No es ningún rufián, sino un comerciante popular e importante en la ciudad. Nadie sospecha de él...

—No puedo creerlo —murmuró Dern meneando la cabeza—. Goza de la amistad inglesa, tiene posesiones, es rico, es prestigioso, tiene hijas, una esposa honorable y famosa por sus actos benéficos...

—Todo eso enmascara la verdad y la oculta. Nada más, Dern. Sé que Tsé-Lung esperaba informes de agentes de *Dark* en Manila. Se mencionó su nombre cuando no esperaban que nadie lo oyese. Fue puro azar, se lo aseguro. Y ahora, en Hong Kong, voy a comprobar si estoy en la pista auténtica o no...

—¿Qué va a hacer, Marvin?

—¿Y aún lo pregunta? —rio entre dientes el falso agente federal—. Voy a visitar la tienda famosa y rica de Tsé-Lung, naturalmente...

* * *

Era una rica tienda, en verdad.

Y Tsé-Lung, en medio de sus filigranas de marfil, jade, maderas laqueadas, pergaminos, piedras preciosas, ámbar y hueso, era como la imagen misma de la honorabilidad. Esa extraña, peculiar y ancestral honorabilidad que solo puede ofrecer un chino de estatura media, humanidad gruesa, traje tradicional, bordado de dragones, sonrisa afable y rostro melifluo, rollizo y amistoso.

—Es un placer contar con su visita, señor Marvin —dijo el oriental, risueño, inclinándose ceremonioso ante él—. Este humilde y despreciable personajillo le da la bienvenida a su casa y le invita a ver cuanto desee. Mis mejores clientes son, por cierto, los americanos como usted...

—Sí, de ello no me cabe duda —afirmó con cierto sarcasmo Logan, recorriendo los mil heterogéneos objetos hacinados en la tienda. Todos ellos costosos auténticos, sin imitaciones torpes ni falsedades de comerciante ruin—. Pero aun así, dudo que encuentre lo que ando buscando.

—Dice un proverbio de mi país, señor Marvin, que buscar bien, es un buen principio para encontrar algo. Y que quien nada busca, difícilmente hallará cosa alguna.

—Sabio proverbio, Lung, como todos los de su país —aprobó Logan, pensativo—. Pero en este caso no creo que me sirva de gran cosa...

—¿Por qué no, honorable señor Marvin? Pida lo que desea, o busque en mi negocio, y tal vez encuentre... Tal vez...

Logan se detuvo ante una figurilla de marfil que representaba a un dios de la Mitología china. Lo acarició, pensativo, de forma mecánica. Su pensamiento estaba muy lejos de la efigie marfileña de aquella deidad oriental.

—Tsé-Lung, busco a *Dark* —dijo de repente, volviéndose a él—. ¿Puede ayudarme?

El oriental no se inmutó. Siguió contemplándole atenta, escudriñadoramente, con su irritante sonrisa afable y amistosa.

—Lamento ignorar de qué habla, honorable señor —expuso Lung amablemente—. No tengo nada de ese nombre en mi tienda...

Logan le contempló glacialmente. Su voz sonó áspera:

—Voy a arrestarle, Tsé-Lung. En nombre del Gobierno de los Estados Unidos, y autorizado por la Ley británica y la de Hong Kong. Le voy a arrestar acusado de tráfico de estupefacientes. Voy a hacer desembalar sus cajas de antigüedades y de juguetes y miniaturas que estén a punto de salir para los Estados Unidos y otros países. Romperemos las figuras que sean, por costosas que resulten. Y estoy seguro de que hallaremos el polvo blanco, su dorada mercancía de millones...

—Entiendo que el honorable señor Marvin desvaría... —siguió sonriendo Tsé-Lung.

—Podría hacer todo eso que digo, Lung —habló Logan, con un suspiro—. Sé cómo está organizado todo el negocio, y usted sabe perfectamente que yo soy agente federal de Washington. Todos sabemos todo sobre el contrario. De modo que vamos a jugar abiertamente nuestras mutuas cartas...

—Le escucho, aunque no le entiendo —mintió fríamente el oriental.

Logan habló escueto:

—Dinero, Lung. Quiero dinero. Al diablo la Ley y todo eso. Hay dinero en este asunto, mucho dinero. No soy escrupuloso, aunque en el FBI piensen lo contrario. Deme una participación, la que sea... y no solo callaré, sino que cooperaré con ustedes. Seré un buen aliado para *Dark*...

Lung no dijo nada. Pero había mirado de forma especial a un empleado suyo. Este cruzó la tienda con rapidez. Cerró la puerta, y colgó el cartelito de “CERRADO”. Luego, tiró de unas persianas herméticas.

—Será mejor que no se mueva —avisó una voz glacial a sus espaldas—. Le volaría la cabeza en cuanto lo intentase, Marvin...

Allen sintió contra su nuca el frío contacto de un arma de voluminoso cañón. Acaso una automática poderosa, con silenciador. La voz era de hombre, pero sonaba hueca, extraña.

—Señor Marvin, ya estamos solos y sin que nadie nos oiga —señaló sonriente Tsé-Lung. Diestro, le arrancó la pistola, deslizando su mano en las ropas de Logan—. Mis hombres me han informado. Vigilaban en torno a la casa desde muchos puntos. Ha venido solo. No hay policía fuera, nadie vigila ni le sigue para escoltarle. Su oferta parece sincera, ¿no?

—No le hagas caso, Tsé-Lung —sonó la voz hueca, a espaldas de Logan—. Es un federal. No hay que fiarse de ninguno. Ellos no traicionan jamás al FBI. Y Marvin, menos que nadie. ¿Leíste su historial? Es fiel, abnegado, y...

—Steve Marvin será todas esas cosas —sonrió Tsé-Lung—. Pero ello no cuenta aquí, mi querido amigo... Porque este joven ambicioso que se hace llamar Steve Marvin, *no es ningún federal*. En realidad SE LLAMA ALLEN LOGAN Y NO ES MAS QUE UN VAGABUNDO DE MANILA...

CAPÍTULO VII

LA MÁSCARA

A

LLEN Logan... ¡Un simple paria, un vagabundo sin oficio ni beneficio...!

—Y algo más —rio Tsé-Lung—. Perseguido por la Justicia de su país...

El personaje de la pistola con silenciador, sacudió la cabeza, sorprendido. Su mirada se clavó en Logan. Pero a través de las rendijas de su máscara de goma, simulando el rostro hierático y monstruoso de una deidad china, con su rictus riente, sus arrugas y su carátula milenaria. Un amplio kimono, guantes... No, no era fácil adivinar lo que se ocultaba tras aquella máscara, aunque Logan lo intentaba repetidamente, desde su posición, junto a Tsé-Lung, entre las armas silenciosas de dos esbirros suyos.

—¿Qué hace aquí, pasándose por un federal? —aulló la voz del enmascarado.

—Lo ignoro —sonrió el chino—. Seguramente busca lo que dijo: dinero. Allen Logan no buscaría otra cosa. Debió aprovecharse de la muerte de Marvin, a quién sin duda Daisy ejecutó en Manila, después de todo. Y suplantó su personalidad, en busca de esta aventura sorprendente, que pudo haberle costado la vida si yo pienso que es realmente Marvin...

—¿Por qué no lo pensó así, Tsé-Lung? —se intrigó Logan.

—No soy tonto ni mal fisionomista. Le he visto a veces en Manila, en mis viajes allí. Siempre por los muelles, deambulando. Una vez envié a uno de mis hombres para que le diese unos dólares. Usted los tomó sin saber que eran míos. Siempre me fijo en gente así. Usted, “Lince”, Daisy, Diana... Salvando las distancias, claro. Usted tiene algo diferente a todos ellos, Logan. Me hubiera servido solamente como Allen Logan. Ahora, como el supuesto Marvin, puede serme aún más útil...

—¿Más útil? No lo entiendo... —protestó el enmascarado.

—Escucha, amigo mío —habló paciente Tsé-Lung—. Somos socios en este negocio tú y yo. Igual manda uno como otro. Acepto tu sagacidad y tu crueldad para hacer las cosas ingeniosamente. Acepta tú mi criterio de igual modo. *Dark* debe ser unión y buena colaboración. Logan, como tal Logan, solo podría hacer tareas ínfimas, mediocres. Como el falso agente Marvin, puede ser incluso socio nuestro. Aunque la ficción solo dure un tiempo, nos servirá datos, informes valiosísimos, cosas de inapreciable valor, puesto que Dern y otros confían en él, porque ignoran la suplantación. Eso, Logan, supondría para usted... medio millón de dólares en un mes.

—¡Medio millón! —Allen Logan fingió sentir era codicia inmensa—. Cielos...

—Sí, eso está bien, Tsé-Lung —aceptó el enmascarado—. Él puede cooperar... si verdaderamente nos es leal.

El chino se encogió de hombros.

—Si no lo es, tenemos todos los triunfos en la mano —declaró—. Le denunciamos como suplantador de un federal. Incluso puede que le acusen de su muerte. Y al mismo tiempo, él no tiene pruebas contra nosotros en absoluto. Creerían la palabra de Marvin, pero no la de un vagabundo fugitivo de la Ley, llamado Logan.

—No necesitan esgrimir coacciones —dijo Allen vivamente—. Acepto el juego. Seguiré fingiendo que soy Marvin. Cobraré lo que me ofrecen. Y les serviré como jamás nadie haya podido servirles.

—Eso espera *Dark* de usted —le señaló el enmascarado con su mano enguantada—. Adelante, Logan. Y suerte. Por el bien de todos...

En ese momento, llegó un grito de mujer, de un punto situado tras ellos. Se volvieron todos. Otros esbirros de Tsé-Lung venían con una prisionera que forcejeaba violentamente con ellos, pugnando por desasirse. Su cabello oscuro caía rebelde, cubriéndole el rostro.

—¿Qué significa...? —comenzó Tsé-Lung, irritado.

—La sorprendimos vigilando la casa, intentando penetrar en ella por una ventana —explicó uno de los siervos de Tsé-Lung—. Iba armada con un arma recién adquirida en Hong Kong, señor...

Y le mostraron una pequeña automática, casi un juguete. Ella forcejeó por alcanzarla y recibió un bofetón. Alzó el rostro, con gotas de sangre cayendo de su labio herido, herido por el golpe.

El enmascarado lanzó un grito de estupor bajo su careta, al verle el rostro. Y el nombre escapó involuntariamente de sus labios ocultos:

—¡Audrey! ¡Audrey! ¡TÚ! ¿Qué haces en Hong Kong?

Ella, sobresaltada, miró al enmascarado. Su expresión denotó perplejidad, luego asombro, al fin incredulidad. Pareció horadar la careta, llegar al rostro auténtico, identificó aquellos ojos que la miraban, ardientes.

Chilló, con horror:

—¡No... no es posible! Tú... ¡TÚ ERES RONNY! ¡ERES RONNY, MI PROMETIDO...!

* * *

Era Ronny. Ronny Ebsen, el hijo de Bruce. El muchacho muerto en la bahía de Luzón...

La careta cayó de sus manos, tras arrancarla, inútil ya el anonimato tras el reconocimiento inverosímil. Audrey sollozaba, histérica. Logan entendía muchas cosas de golpe.

—Muy astuto, Ebsen —felicitó—. Cooperó con su padre, obtuvo los secretos para quienes usted trabajaba, no como asalariado, sino como jefe... y luego, llegado el momento oportuno, se hizo desaparecer *a sí mismo*. Un cuerpo cualquiera, el de un hombre alquilado, parecido a usted, destrozado convenientemente por la explosión, con sus ropas y su aspecto, con Diana, para que todo pareciese más real. “Lince” debió verle, y después usted se hundió en la bahía, con equipo de inmersión, siendo substituido por el falso Ebsen que debía morir allí. “Lince” no sospechó, como no sospechó nadie. Fuera de la circulación el joven Ebsen, podía dedicarse impunemente a comerciar con sus drogas, a seguir siendo el cerebro oculto de *Dark*, junto a los millones del financiero de la Organización, Tsé-Lung... Todo perfecto... y sin alma. Frío, despiadado, feroz... Fingió ser un charlatán para que su muerte no sorprendiera, ni tampoco el conocimiento de *Dark* respecto a muchas cosas que usted sabía. Sí, todo ingenioso. Y cruel para su padre, si algún día llega a saberlo todo...

—Al diablo mi padre y todos los demás. Lo que cuenta es la fortuna fácil, Logan. Como usted suplantando a Marvin. No tenemos nada que reprocharnos ambos. Pero confieso que es usted un tipo muy listo...

—Logan... Un proscrito —susurró Audrey, prisionera en brazos de sus celadores—. Y Ronny, un asesino... Dios mío, qué horror es todo esto...

—Usted se metió en líos, como ya le avisé —dijo duramente Logan—. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—No venía a ciegas a Hong Kong, Logan... —gimió ella—. Alguien me había hablado de Tsé-Lung y sus riquezas, de los rumores que corrían sobre su intervención en negocios de estupefacientes... Me costó mucho dinero esa confianza de una personalidad del hampa de Manila, pero la obtuve. Eso bastaba, podía ser el principio...

—Y, sin embargo, es el final, querida Audrey —susurró de repente con voz helada Ronny Ebsen, el joven Ebsen de Manila.

—¿El final? —se estremeció ella mirándole con ojos desorbitados—. Ronny...

—El final... —se horrorizó Logan, adivinando las intenciones del joven criminal, viendo cómo hundía su mano en el kimono... y extraía una larga aguja, rematada por un adorno de brillantes.

Conocía esas agujas. Sabía lo que significaban. Por si había dudas, el propio Ebsen, lo dijo:

—Lo siento, pequeña. Serías un estorbo. Y yo nunca te amé. No va a dolerme mucho. Será rápido. No sufrirás...

—¡Noooo! —chilló ella, aterrada—. No, no...

Vio venir la aguja hacia ella. Iba a ser ejecutada ante Allen Logan. Fría e implacablemente...

CAPÍTULO VIII

EL FIN

E

N ese momento actuó Allen Logan.

No hubiera querido hacerlo, pero era necesario. La vida de Audrey era el peso que inclinaba la balanza forzosamente...

Se inclinó. Golpeó con su tacón en el suelo, con fuerza formidable.

Sucedió algo sorprendente. Bajo el pie de Logan que pegaba con tal vigor, estalló algo violento, y una nube densísima de humo se elevó en el aire.

—No respire, Audrey! —gritó Logan.

Ella le oyó a tiempo. Apretó sus labios con fuerza. Los demás, sorprendidos por el suceso se revolvían furiosos hacia Logan, trataban de atacarle...

No llegaron lejos.

Lentamente, como peles, se pararon oscilaron, con rostros inexpresivos. Y comenzaron a caer despacio, en torno de ellos. Inmóviles, rígidos, extraños...

Logan esperó a que no quedara ninguno en pie. Fue a la carrera a la puerta, a las vidrieras de la tienda. Las abrió. El aire se llevó el humo extrañamente azul y espeso...

—Puede respirar ya —dijo Logan a la joven—. Pasó el peligro.

—¿Qué... qué sucedió? ¿Les ha matado con gas letal...? —jadeó ella.

—No. Solo paralicé sus músculos y nervios con ese gas. Me lo proporcionó Dern. Un golpe en el suelo, levantaría ese gas violentamente. Era mi único recurso, mi arma final.

—¿Por qué la utilizó? Usted iba a ser cómplice de todos ellos...

—No sea tonta. Yo no iba a ser nada de ellos. No soy Marvin, pero heredaré su misión. Y la he cumplido. Ahora, ellos serán juzgados y condenados. Somos los testigos de cargo. Desaparecidos ellos dos, la organización se hundirá irremediabilmente, Audrey...

—¿Y usted? ¿Qué hará usted, Logan? Es un proscrito...

—Volveré a Estados Unidos.

—¡No puede! Le arrestarían...

—Debo ir alguna vez y terminar esto. Mi encuentro con el bueno de Marvin fue providencial. Fue un final. Y acaso un principio...

Fue un principio. Mejor que todo cuanto pudo soñar el errabundo Allen Logan.

Volvió a estados Unidos, exterminada ya la secta *Dark*. Pagó su pena. El FBI fue poco exigente. Solo pidió una multa para él. Y que eligiera entre la prisión... o entrar en el FBI, a ocupar la vacante de un agente llamado Steve Marvin.

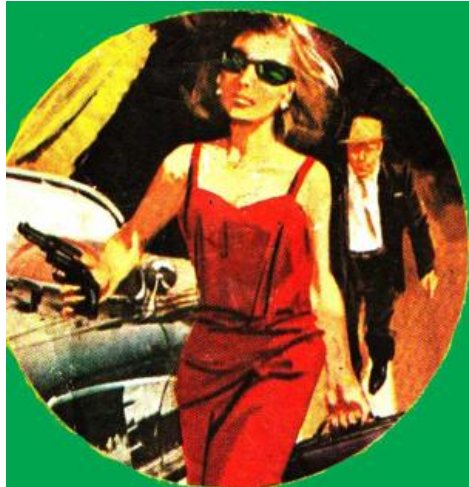
Era el reconocimiento público del FBI a su labor heroica en el caso *Dark*.

Logan aceptó.

Hoy en día, es un agente federal. Uno más, dentro del FBI.

Y su esposa se llama Audrey. Audrey Roland de soltera...

F I N



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 2 Avenue
MIAMI, FLA. 33145- USA



**AGENTE
FEDERAL**

FBI



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

**10
Ptas.**

Notas

[←1]

La Escolta. — Principal calle de Manila, y excelente zona comercial y residencial de la capital filipina.